



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

El último concierto

Novela

Primera parte

María Carolina Cuervo Navia
Código 389833

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2013

El último concierto

Novela

Primera parte

María Carolina Cuervo Navia
Código 389833

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Director:
Jaime Echeverri

Línea de Investigación:
Narrativa: Novela

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2013

*“Lo más duro de mi trabajo consiste en convencer a mi mujer
de que estoy trabajando cuando parece
que sólo miro por la ventana”.*

Ernst Jünger

Agradecimientos

Sólo quisiera agradecer a mis compañeros de la maestría y a mis profesores, que en todo momento se preocuparon para que yo dejara de ser un proyecto de escritora y me convirtiera en una. Lo terrible de todo esto es que a pesar del esfuerzo, no lo lograron. Agradezco su dedicación, su amistad, sus conocimientos y su paciencia.

También a mis padres y familia —quienes todavía creen en mí— aún después de haberles dicho que mi camino era la escritura.

Resumen

Dos amigos de infancia que se reencuentran con el tiempo. Una posible historia de amor. Un suicidio que los vuelve a separar. Cloé (escritora) intentará entender por qué Lorenzo (músico), a pesar de tenerlo todo —fama, dinero, belleza, amor— decide dejarla con el vacío de no saber cómo se vive en este mundo y la necesidad de entender la muerte.

Palabras clave: Amor, suicidio, muerte, música, músico, escritora, concierto

Abstract

Two childhood friends meet after a long time. A love story seems possible. Then a suicide separates them again. Cloe (writer) tries to understand why Lorenzo (musician) —despite his fame, money, beauty, love— decides to leave her with the void of not knowing how to live in this world and the need to understand death.

Keywords: Love, suicide, death, music, musician, writer, concert

Contenido

	<u>Pág.</u>
Resumen	VIII
Introducción	1
Capítulo 1. Dolor.....	9
Capítulo 2. Vergüenza	17
Capítulo 3. Tragedia	31
Capítulo 4. Compasión.....	39
Capítulo 5. Resurrección	49
Capítulo 6. Llanto	67

Introducción

DECÁLOGO DEL MAL ESCRITOR DE NOVELAS

“Diez cosas que no debe hacer si no quiere escribir una mala novela”

1. No intente cambiar de género. Si ya sabe que le va bien con uno, no se ponga a inventar. Quédese donde está.

Mi género favorito es el del cuento. Lo manejo, lo conozco, lo he trabajado durante varios años, tengo un libro publicado y otros más en camino. Sí, el cuento es mi predilecto y no ha dejado de serlo. Pero mi reto ahora es el de escribir una novela. Quiero probarme a mí misma que puedo. Que el aliento me va a alcanzar, que no es tan difícil como yo pienso. Ha sido importante identificar ciertos rasgos en mi escritura. Por ejemplo que no soy de muchas páginas. No creo que pueda llegar a escribir una novela de 400. He descubierto que los capítulos me quedan mejor siendo cortos, concisos. A lo mejor el cuento sigue estando involucrado en mi estilo. No lo sé. Pero aunque al principio me angustié, ahora no me importa. Después de leer la novela de Tomás González, “La luz difícil” quedé tranquila. Él también escribe en corto. Me di cuenta de que para que sea una novela su extensión no es lo único que importa. Hay otras cosas como la construcción de los personajes, la línea argumental, las acciones que permiten que la historia avance, las que en últimas son claves.

No lo niego. Tengo miedo. Siempre lo he tenido y todavía no se me quita. Ahora pienso en si algún día volveré a escribir una novela después de esta. Me parece que no.

2. No se base en hechos reales, experiencias propias o de personas cercanas a usted. Puede perder un amigo y lo que es peor, la objetividad.

Esto era un cuento que cada vez se hacía más largo y que empecé a visualizar como una posible novela corta. Fue sorprendente porque de repente pasé de las 20 páginas, cuando un cuento mío no había excedido las 12 —por lo mismo que ya dije, eso del corto aliento—. Este cuento a su vez surge de una historia cercana, de alguien a quien quiero mucho y que hace más o menos seis años pensé que se iba a ir pronto de la vida; de la mía y de la suya propia. Así surge el tema principal: el suicidio. Recuerdo que yo pensaba, ¿pero y si tiene todo en la vida, por qué se quiete matar? Y medio me

obsesioné con el tema. Pude darme cuenta de que lo que uno ve desde afuera no es nada de lo que podría ver si estuviera dentro y que ese tipo de cosas son imposibles de juzgar. Pero claro, uno queda con la espinita guardada; y un día no muy lejano salió ese cuento y ese cuento creció y se convirtió en una posible historia para una novela. Ahora, esa persona no sabe, ni se imagina, que fue la fuente de inspiración para todo esto. No sé si alguna vez se de por aludida. No creo. Y mientras tanto, yo sigo en este atolladero. Atolladero, una palabra que por estos días me parece fantástica.

3. No se haga auto-encargos ni se imponga estilos, formas o tonos. Lea en voz alta.

En primer semestre propuse un proyecto que contenía el planteamiento de la trama —de lo que yo creía que iba a contar—. De ese cuento donde el personaje principal era un hombre que conocía a esa mujer que se suicidaba, no quedó mucho. Primero quise meterle a la trama algo que me parecía podía ser más interesante y era el hecho de que ese hombre fuera un investigador, que descubriera los verdaderos motivos del suicidio de esta mujer. Y ahí empezó a tomar la forma de una novela negra. Este género empezó a permear mi vida cada día más ya que aparte de ser uno de mis favoritos, empecé a dirigir una revista de cuento negro llamada *Aceitedeperro*. Por lo tanto quise mezclar una cosa con la otra. Me dejé llevar por el deseo. Fue un error. Perdí el norte, el verdadero motivo por el cuál estaba escribiendo la novela, ese primer impulso. Se me volvió una maraña, un texto sin identidad porque esa historia no debía contarse así, como una novela negra. De eso sólo me di cuenta al comienzo del segundo semestre. Debo admitir que me dio tristeza, porque si algo quiero hacer en algún momento, es escribir una novela negra. Entonces, ya en cuarto semestre, con la novela más avanzada, comienzan a surgir pequeños relatos que la narradora Cloé, una escritora, imagina a partir de algunas cosas que observa mientras va narrando los sucesos. Esos pequeños cuentos se fueron convirtiendo en un breve relato negro. ¿Metaficción? ¿Ficción dentro de la ficción? No sé, pero ha sido divertido.

Por otro lado, leer todo lo que escribo en voz alta es un ejercicio que funciona. Siempre lo he hecho. De esta manera encuentro errores y escucho la musicalidad de las palabras que me van dando el tono y la cadencia de la novela. De lo que yo creo es una novela.

4. No disfrace su narrador. Sáquelo del closet para que no se le convierta en un travesti.

Una de las cosas más importantes que me sucedieron en el primer semestre, con la ayuda de Roberto Rubiano y mis compañeros, fue que me di cuenta de que el narrador de esta historia no debía ser un hombre. Tenía que ser una mujer. Lo que soy. Desde ahí iba a poder contar mejor, con más precisión. Y al comienzo la idea de una mujer detective —porque inicialmente no era una escritora— era muy atractiva, claro. Era diferente. Y la fui creando poco a poco, hasta que la convertí en un personaje particular: un travesti —como me lo dijo Mario, un compañero en primer semestre—. Por momentos tenía el tono, la voz y las actitudes de una mujer, y de repente aparecían cosas de hombre que eran parte del primer narrador del primer cuento. Fue difícil deshacerse de él y darle paso a ella. Pero poco a poco fui encontrando el tono. Así, el narrador se convirtió en ella (detective) y el suicida en él (músico).

En esta etapa había decidido también que ya estos dos personajes —narrador y suicida— no se conocían y que la investigadora se iba a enamorar de este hombre a través de lo que fuera descubriendo de su vida.

Pero en tercer semestre me di cuenta de que si creaba una “historia de amor” que viniera de antes y que estuviera llena de recuerdos y al mismo tiempo de distancia, iba a tener más material narrativo y sobre todo, un vínculo para llenar de extrañeza.

5. No se equivoque en la profesión de su narrador.

Al comienzo del segundo semestre Alejandra Jaramillo me pidió que me hiciera una pregunta: ¿Por qué es necesario que este narrador sea una detective? Y yo me respondí a mí misma: porque yo quiero que lo sea, y punto. Y eso, así tan fácil como sonaba, no sirvió de nada. De la testarudez no se saca nada. Porque la realidad era que esa historia necesitaba un narrador que no lo fuera. Era como si lo hubiera obligado a estudiar lo que no quería. Tuve que detenerme a pensar quién podía ser la persona indicada para contar esto. Así, Julio Paredes, en una clase sobre los comienzos, nos pidió que pensáramos en la manera como empezaban nuestras historias, si en esos primeros párrafos estaba planteado lo esencial, eso que un lector debería conocer para quedar “enganchado”. Y yo me di cuenta de que en definitiva estaba muy perdida. Nada de eso estaba —ni sigue estando—. Extraigo aquí unos apartes que escribí en el diario de trabajo por esos días:

Reflexiono y me doy cuenta de que no voy por el camino correcto. Tengo muchas dudas y muchas preguntas sobre quién es realmente este personaje que narra la historia y por qué quiere contarla. Me doy cuenta de que tal vez este personaje no tiene por qué ser una detective... pienso que debo acercarla más a mí. A través de lo que escribo en clase, descubro que quizá si fuera una escritora sería muy pertinente. Regreso a la idea original, la de siempre, de que este narrador conozca de antes a Valsels, de que sean amigos, tal vez cercanos, tal vez no.

Releo lo que escribí hace muchos años. Es tan elemental. Aunque hay cosas que me sirven. Trato de extraerlas. Por eso no me gusta desechar nada de lo que he escrito. Siempre es bueno volver sobre ello. Hay buenas ideas, pero pésimamente escritas.

6. No crea que por ser lo primero que escribe, es el comienzo de su historia.

Los comienzos son esenciales. Reviso el mío y de repente me doy cuenta de que nada de lo que hay es genuino. Hay algo impostado que no funciona, que no me ha permitido avanzar. Hago el ejercicio e intento un nuevo comienzo, con la nueva narradora que ahora es escritora. Me quito un peso de encima. Que fuera detective implicaba meterme en un mundo que no conocía del todo. Más tiempo, más trabajo y el tiempo es lo que menos se tiene en una maestría de dos años. Así que la acerco a lo que soy, al universo que yo manejo, que conozco y domino. A medias, pero algo mejor que el universo detectivesco.

Comienzo de nuevo. Escribo desde el interés más puro, desde el lugar en donde nació la idea. Trato de ser genuina, pero tengo mucha información en la cabeza, he dado muchas vueltas, los personajes han sido esto, lo otro, se

conocen, no se conocen, tal vez un poco, han sido escritores, actores, detectives, músicos. Es como si después de dar toda la vuelta, volviera al original, al cuento primero. Intento una opción. Vamos a ver qué sucede.

Más tarde...

¡Ahhhh! No sé por dónde empezar a buscar. No sé cómo puede esta mujer comenzar a indagar. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué quiere saber qué pasaba en su cabeza? ¿Qué es esto? ¿Una historia de amor? ¿Un hecho periodístico? ¿Un interés particular?

¿Qué tal si la noche anterior se reencontraron de nuevo? ¿O unas noches atrás? ¿Fueron a cenar? ¿Se besaron en la puerta del edificio? ¿Algo nuevo estaba surgiendo para Cloé? ¿Anoche después del concierto el tipo se le desapareció? ¿Le dijo que quería estar solo? ¿Todo se ve truncado por este suicidio repentino? Ese puede ser el motor principal de esta mujer para tratar de entender qué le sucedió.

Más tarde...

Algo aparece. Una pequeña claridad sobre lo que necesito contar. Pero no quiero que se me vuelva una historia de amor... aunque sé que esa es una motivación para Cloé. Pero algo es algo.

7. No se aleje de la esencia o naturaleza de su relato. No sea cobarde. Tome decisiones.

Entonces como si uno no estuviera ya lo suficientemente confundido, siguen las preguntas por parte de Alejandra y Julio. ¿Qué es lo que usted quiere contar? Y yo en mi diario vuelvo y escribo:

Dudas...

La pregunta final sobre a dónde quiero llegar... esa no la sé aún. ¿Cuál es la trama esencial? Entonces ahí viene la pregunta: ¿debo contar esto? O ¿debo contar la vida de Valsels y su trágico final? ¿Es lo suficientemente atractiva esta historia? ¿Por qué al lector le interesaría? Hasta ahora me parece todo muy soso. ¿Por qué habría alguien que quisiera leer esto?

Me ataca esa angustia que aún hoy me persigue sobre si esto que estoy escribiendo a alguien le interesa. Si no es muy prepotente de mi parte, demasiado vanidoso pensar que hay alguien a quien le va a interesar leer esta historia.

Y vuelvo a comenzar. Me armo de valor y deshecho todo lo que había escrito durante el primer semestre. No es fácil, pero empiezo otra vez, y la novela se convierte en una nueva. Una más simple, que parte de mí. Me preocupo por lo que me interesa. Abandono la idea de la novela negra. Sin embargo el personaje sigue estando metido en una situación oscura, extraña. El hecho de que deba investigar a lo mejor la ubica en el género. Pero la nueva Cloé es una escritora. Regreso al primer relato. Retomo cosas de

ahí; tal vez la relación, el hecho de que se conozcan de antes. Tomo decisiones. Eso es tal vez lo más importante y lo que me permite avanzar. Dejar la duda. Pero es horrible tomarlas. Duele y da miedo.

8. Con el tiempo no se juega. Hora, fecha y lugar. Sea claro.

Una de las cosas más importantes para que la escritura del texto fluya es definir el tiempo interno de la novela. Preguntarse desde dónde, desde qué momento es que la novela empieza a ser contada. Si va a viajar al pasado, si lo cuenta en presente. Yo estuve perdida bastante tiempo. Sabía que la narración debía comenzar cuando ya todo hubiera pasado, pero me preguntaba cómo iba a hacer para que esta mujer pudiera conocer todo lo que tenía que conocer. Me preguntaba de paso, si la narración en primera persona era la correcta. Lo dudé muchas veces. Pero cuando me di cuenta de que la novela tenía mucho de reflexión, supe que era la indicada. Después, sobre uno de los comienzos que hice escribí:

Me doy cuenta de que la novela se va construyendo a través del recuerdo. Cloé narra en pasado. Visita el pasado lejano, el pasado reciente (antes del suicidio) y después del suicidio. Tal vez le sucederán cosas en ese presente desde donde narra.

Cuando uno se da a la tarea de escribir y tiene más o menos claras las cosas —en realidad nunca las tendrá lo suficientemente claras— la escritura se convierte en algo más vertiginoso. Ya he dicho que no avanzo con rapidez. Todo me lo pienso mucho, pero por momentos fluye y uno mismo se sorprende de las cosas que pasan.

Hoy reescribí los primeros dos capítulos. Escribí el tercero. Es increíble cómo el personaje se va yendo solo. No sé si eso sea bueno o malo, pero lo estoy dejando a ver a dónde llega, en qué me cambian todas las ideas pre concebidas que tengo de la historia.¹

El tercer capítulo surgió y ni siquiera estaba planeado. Tal vez era necesario explicarlo.

Comienzo el cuarto. El pasado. 27 años atrás. Le tengo miedo a este capítulo. Aquí tengo que ver qué fue eso tan importante que los marcó cuando eran niños. Debo incluir la muerte, que los ronda. ¿Tal vez una manera diferente de asumirla? ¿De verla? No sé. Vamos a ver qué pasa.

9. No lea basura, no se deje aconsejar por otros que no conocen su historia. Escoja bien lo que va a leer y mire si en realidad le sirve para lo que está haciendo. No pierda el tiempo, porque es muy fácil.

Las lecturas que me recomiendan a veces sirven, a veces no. Yo pasé por novelas negras y por tratados psicológicos sobre el suicidio. He hecho una biografía personal de

¹ La organización de los capítulos cambió al final, así que pueden no ser los mismos de los que hablo aquí.

los textos que me recomiendan tanto los profesores que conocen de cerca la novela, como personas que simplemente tienen una leve información.

Comento específicamente *Levantar la mano sobre uno mismo* porque ese libro de Améry me abre los ojos. Me ayuda a encontrar el punto de vista, la esencia de lo que quiero contar. Habla de que la ciencia no puede saber nada del suicidio, que desde afuera es muy complicado. Se centra en explorar lo que pasa adentro, aunque sepa que nunca, nunca va a ser completamente explicable. Saco mucha información de allí.

Algunos libros que me han recomendado. Aunque no estén todos y aunque no todos hayan pasado del todo por mis manos.

- El club de los suicidas de Robert Louis Stevenson
- Los suicidas del fin del mundo de Leila Guerrero
- La mujer rota de Simone de Beauvoir
- Antes que anochezca de Reinaldo Arenas
- Lenz de Georg Büchner (sobre la esquizofrenia)
- La campana de cristal de Sylvia Plath (novela autobiográfica sobre su descenso a la locura)
- Artículo Escritores Suicidas de Héctor Abad Faciolince
<http://www.profesorenlinea.cl/biografias/Escritoresuicidas.htm>

La horrorosa belleza del suicidio de Mario Elkin Ramírez
<http://www.herrereros.com.ar/melanco/ramirez2.htm>

- Playback de Raymond Chandler
- Antología del Suicidio de Paz Solano Calles.
- Suicidio Manual de Uso de *Claude Guillén e Yves Le Bonniec*
- Ryunoske Akutagawa. Explorando al autor me encuentro con que se suicida en 1927 y deja una carta a un amigo. Carta de suicidio.
- Levantar la mano sobre uno mismo de Jean Améry
- Mi suicidio de Henri Roorda
- El dios salvaje de A. Álvarez
- El mito de Sísifo de Albert Camus
- Ludwig Wittgenstein
- Platón
- La Angustia/Psicosis de Lacan
- La luz difícil de Tomás González
- El libro tibetano de la vida y la muerte de Sogyal Rimpoché

Jaime Echeverri, mi tutor de tercero y cuarto semestre, me ayudó a encontrar el tono de esta novela. Eso es tal vez lo más complicado de todo, pero me ayudó a ser libre y a no darme tan duro, a dejar que la pluma fluyera sin las imposiciones del corrector inmediato. Así encontré cosas que no había podido antes.

Así mismo, me sugirió libros que en definitiva me guiaron para ese encuentro:

- Confesiones de una máscara de Yukio Mishima
- Diario de un seductor de Sören Kierkegaard
- Antichrista de Amelie Nothomb

- Muerte sin consentimiento de Peter Handke
- Fragmentos de un discurso amoroso de Roland Barthes
- Los que fracasan al triunfar (ensayo) de Sigmund Freud
- Fausto de J.W. Goethe

También la música clásica y su conocimiento. Escucharla a diario para relacionarme con ella. Algunas sugerencias, también de Jaime Echeverri fueron:

- Conciertos de Brandenburgo de Johan Sebastian Bach
- Concierto de Aranjuez de Joaquín Rodrigo
- Adagio de Tomaso Albinoni
- Réquiem de Mozart
- Sinfonías de Gustav Mahler

Y fue en Mahler donde encontré lo que necesitaba. “Resurrección” es la segunda sinfonía de Mahler que me sirvió para contar lo que quería, que se convirtió en eje central en la novela.

Es emocionante cuando uno encuentra algo que le sirve, pero también es horrible decepcionarse de los textos y sentir que uno ha perdido el tiempo cuando lo que ha leído no le aporta nada.

10. No busque la manera de justificarse y disculparse en caso de que todo le salga mal. No escriba un Arte Poética. O sí.

Todavía no sé si esto es bueno o es malo. He comenzado a escribir este prólogo varias veces. He inventado diferentes formas, he intentado cosas novedosas, tradicionales, simples, complicadas, originales. Ninguna me ha gustado. Ninguna logra el tono de lo que quisiera. Por eso no sé si es bueno o es malo, porque todavía me debato al pensar si este es el espacio que quisiera tener un escritor al comienzo de su obra para explicar cómo hizo lo que hizo y por qué, o si es un espacio que ninguna obra que sea completa y buena en su totalidad necesita para justificarse. Pero tal vez lo bueno que he encontrado en todo este ejercicio ha sido el de tomarme un tiempo —que uno siempre dice que no tiene— para la reflexión. No creo que esto interese a muchos. Tampoco creo que sirva a quienes lo lean porque de una u otra manera el momento de la creación para cada escritor es tan personal y único que alimentarse de las experiencias de otros es, en últimas, inútil si no se experimenta personalmente. Tal vez yo intente imitar a Borges o a García Márquez en la manera de explorar e investigar. Pero lo cierto es que no soy ninguno de los dos y mi obra no se parece a la suya, claro. ¡Ni más faltaba! —Pero ya sabemos que cuando de robar un poco y de dejarse influenciar se trata, ahí estamos todos—. El secreto está en encontrar el momento y el proceso propios. Yo no he podido todavía. Todo es duda. Y es bueno dudar también. Por lo menos por ahora. Aunque ya no son horas de estar dudando.

Escribir es difícil. Terriblemente difícil.

Capítulo 1. Dolor

“Soy la chica con más suerte del mundo. Estoy viva”.

Raymond Chandler, Playback.

Terror puro. Ese hombre me hablaba con voz ronca y grave; me decía algo que no entendía. Era calvo y flaco y llevaba un saco de paño café con pantalón estrecho; cuando se quedaba en silencio esperando mi respuesta, sus ojos se hacían más grandes y penetrantes. Era cínico, muy cínico. Y entonces, sin darme cuenta, me encontraba rodeada de hombres que no conocía, que en un principio pensé que me ayudarían pero que en un instante se convirtieron en seres de sonrisa irónica, atrevida y peligrosa. Yo estaba entre la vida y la muerte pero no sabía por qué ni qué había hecho para estar ahí. La cara de ese hombre calvo me estremecía y me hacía pedir a gritos que no me fuera a hacer nada. Era oscuro y una puerta se cerraba detrás de mí. Ya no había escapatoria. No recordé nada más. Miré el reloj. Las 7 a.m. Era el día del funeral de Lorenzo.

Lorenzo estaba muerto. ¿Qué mierda había pasado? Hacía dos días podía tocarlo, olerlo, escucharlo y ahora, nada. Por qué, era una pregunta recurrente. Sólo quería saberlo todo. Necesitaba entenderlo de una manera racional, lógica. Pero la muerte no tiene eso. La muerte carece de sentido. No la conocemos porque nos alejan de ella como si fuera algo maligno, algo de lo que es preferible huir, no hablar —porque es cierto, es mejor no hablar—, y cuando llega —porque tarde o temprano llega—, nos patear, nos revuelca, nos pone de cara al piso, mordiendo la arena, el polvo, la mierda. Esa es la

muerte. La que llega sin avisar, la que te deja completamente desprovisto de lo que has creído ser, del personaje que te has inventado a lo largo de tu vida; cuando la muerte ronda, te das cuenta de que no eres nada, de que no tienes cómo pelearle a ese dolor, a esa ausencia, a esa costumbre del otro; al olor, a la voz, a la risa, a la soledad, al miedo, a la nostalgia... Te confronta. En mi cabeza se mezclaban tantas cosas que casi estallaba buscando una explicación, la calma, la respiración. Esa es la muerte, la que también da treguas para el dolor. Momentos de sosiego —extraños— pero al fin de sosiego. Los días siguientes a su muerte fueron una especie de montaña rusa a la que me montaron a la fuerza y en la que aún intuyendo lo que venía, no había manera de bajarse. Sube y sube a sabiendas de que lo que le espera es una caída, un vacío en el estómago que impide tomar aire. Así estaba. Con un llanto que por momentos me hacía perder la compostura, la razón, la lógica, pero que una vez pasaba —sin darme cuenta— me devolvía a una inusitada calma. Sabiduría, proveniente de no sé dónde, que impide que te mueras detrás del que se ha muerto. Esa sabiduría se llama tiempo. Y es el que ahora me permite escribir. El tiempo me ha curado. Un poco. Porque enfrentarme a la muerte fue conocer un dolor hasta ese instante desconocido. Como diría *Montaigne*, tuve que privar a la muerte de su extrañeza, tuve que frecuentarla y acostumbrarme a ella. O eso creo.

Lola quería enterrarlo aquí en Colombia. A pesar de que había vivido más años en España, decía que su hijo se sintió siempre más de aquí que de allá. No quería ningún tipo de velorio. Quiso para él una misa y luego directamente al cementerio, aunque sabía que Lorenzo no era católico ni nada que se le pareciera. Esas son las desventajas de morirse: terminan haciendo contigo todo lo que nunca has querido. La llegada a la iglesia para la misa fue caótica. Había tanta gente esperando afuera; curiosos, periodistas, cámaras. La bajada del carro fue imposible. ¿En qué momento había sucedido todo?

¿En qué momento había terminado yo en esta tragedia? Estaba perpleja todavía, no había entendido, no estaba preparada para lo que se nos venía encima con su muerte. Mi tía Beatriz y yo ayudamos a Lola que a duras penas podía con ella misma. Era el peso de su cuerpo, de sus músculos, de sus huesos, pero más que eso, era el peso del alma, del dolor que no se le borraba de su boca triste y de los ojos cubiertos por sus enormes gafas negras. Y yo, mientras la agarraba de un brazo, pensaba que ni siquiera en ese momento Lola perdía la compostura. Era una mujer bella, llena de clase.

Cuando por fin salimos del carro, los periodistas se acercaron. Trataron de hacerlo de una manera respetuosa pero el morbo y el afán se les sentía en su respirar, en la dilatación de las fosas nasales, en sus manos inquietas, en un imperceptible tic de los ojos abriéndose y cerrándose con rapidez, aunque intentaran esconderlo. Querían, como todos nosotros, saber qué había ocurrido, cómo, por qué. Pero de manera distinta. Llevar información clave —sin profundizar— era suficiente. Las preguntas que lanzaban mientras caminábamos eran espeluznantes. Lorenzo había pasado de ser un genio que pocos reconocían al personaje más importante de la última década en nuestro país y yo, de ser una mujer cualquiera, del común, a una especie de viuda famosa de la que ahora querían saberlo todo —y cuando lo supieran sabrían que no había nada extraordinario—. Estaba segura de que la noticia duraría un par de semanas entre los titulares, pero que pronto se olvidaría. Este país no tiene memoria; pasan demasiadas cosas todos los días... ¿cómo acordarse de tantas barbaridades?

Los hombres de seguridad —contratados por el director del Teatro Mayor que ya imaginaba, por supuesto, que algo así sucedería— ayudaron a abrirnos paso hasta la entrada de la iglesia. Entramos. El ataúd estaba en la mitad del altar y verlo ahí me aflojó las rodillas. Aspiré largo y profundo para agarrar fuerza. La orquesta —la misma que había dirigido dos noches atrás— y un coro que te erizaba los pelos comenzaron a tocar

el Réquiem de Mozart —supe después que era de Mozart—. Era terriblemente conmovedor escuchar cada nota en esa iglesia que amplificaba el sonido; pero ya no era Lorenzo quien movía la batuta. Ya no estaba ahí para entregarse como lo hacía y enseñarme de música. Mierda. Tenía el corazón atragantado en la mitad del pecho. Por eso se me escurrieron las lágrimas.

Nos sentamos en las primeras bancas. La iglesia empezó a llenarse. Algunas personas llegaron hasta Lola para darle el pésame. Los mismos lagartos que fueron la noche de la cena, ahora estaban ahí. Ya no con su sonrisa falsa, ahora con su tristeza falsa, también. Mi mirada estaba fija sobre ese cajón de madera. No había querido acercarme a verlo, pero lo imaginaba recostado con su traje negro. Inmóvil. ¿Dónde estaría Lorenzo? ¿Nos podría observar desde algún lugar? ¿Sabía todo lo que se me cruzaba por la mente en ese instante, las preguntas que le hubiera querido hacer? Una rabia profunda se me despertó en el corazón. Me subí de nuevo a la montaña rusa y maldije el momento en el que me lancé a la aventura de estar con él. Todo esto era tan innecesario. El llanto de Lola, de mi Tía Beatriz y el de mi madre inundaron mi cabeza en un solo eco. Cerré los ojos y recé un padre nuestro, un ave maría, un gloria y el ángel de la guarda. Las únicas oraciones que me sé.

Mi padre, sentado en la banca de atrás, puso su mano en mi hombro y se me acercó para decirme algo al oído.

—¡Moriré para vivir!

Voltee mi cabeza.

—La muerte no es el final —dijo.

Mi padre siempre guarda una extraña calma, como si pudiera controlarlo todo; es una isla para mí. Cada vez que siento que me estoy ahogando, aparece él con su sabiduría. Sin embargo, esta vez no supe con claridad qué había querido decirme, a lo mejor quiso darme una esperanza. ¿La muerte no es el final? ¿Si no es el final, entonces qué es? ¿El principio? ¿El principio de qué? ¿No es más fácil pensar que esas cosas pasan y que no hay nada más que esto? ¿Que se acabó porque así es como debe ser?

Comenzó la misa. No sé qué fue peor. Pocas veces he asistido a funerales pero jamás he escuchado un buen sermón de despedida, palabras que valgan la pena, que en realidad ayuden a quienes nos quedamos aquí tratando de entenderlo todo. Los curas — no siempre pero casi siempre— insisten únicamente en resaltar las virtudes de quien yace ahí en ese ataúd. No saben ni si quiera quién fue en realidad, qué cosas buenas o malas hizo, si fue un buen padre, un buen hijo, un hampón, un ladrón. Por qué no decir que se murió, pero que bien muerto está porque se largó de la casa y abandonó a su mujer, a sus hijos, que le robó a su hermano, que nunca tuvo compasión, que siendo un senador reputado desfalcó al país robándose las tierras o la plata para la salud de los menos beneficiados, o que fue incapaz de ayudar a un muchacho al que se le ha caído una bandeja llena de jugos y sánduches en la mitad de la calle... ¿Por qué no recordarlo así? Pero no. Todo se resume en que Dios lo tenga en su gloria y que brille para su alma una luz perpetua; se limita al perdón de los pecados y a la fe de su iglesia —que en este caso ni siquiera era la de Lorenzo—. No hay muerto malo. Y no sé si Lorenzo era un muerto bueno o malo porque no sabía en el fondo quién era o quién fue. Eso me taladraba el cerebro.

Mi tía se subió al altar para la primera lectura. A duras penas podía leer. La recordaba con su sonrisa esa noche de la fiesta para celebrar la llegada de Lorenzo y ahora la veía con ese nudo en la garganta ante la despedida. Qué raro era todo. El director del Teatro Mayor, Augusto Molina, dijo unas palabras. Supe que estaba conmovido porque se le quebró la voz cuando habló de la música. De lo que Lorenzo hacía cada vez que se montaba frente a una orquesta; habló de la pasión, de la maestría, de su generosidad. Sus palabras fueron lindas, pero en todo caso demasiado correctas —desde que lo conocí, poco tiempo atrás, tuve la impresión de que sentía alguna atracción por Lorenzo; es uno de esos que hacen todo como un deber ser—. También subió el alcalde de la ciudad para condecorarlo póstumamente —ya para qué— entregándole a Lola una pequeña medalla. La misa fue desapacible, vacía —y larga—. Lo único que disfruté fue la música. Y aunque no supiera con exactitud lo que tocaban, nunca antes me había parecido tan oportuna.

Yo me perdí varias veces entre mis pensamientos. Por momentos banales —como casi todos mis pensamientos—. Observaba a la gente sentada en sus bancas deseando también que se acabara pronto. Nora de Arrabal, amiga de mi tía Beatriz, había aprovechado el despliegue de la prensa para sacar su piel de mink y su pava negra del closet, ya que a nada la volvieron a invitar desde que decidió dejar a su marido por un joven estudiante de artes plásticas. No era este evento precisamente un matrimonio de la realeza inglesa, pero ella quiso que así fuera. Era lo que llamamos una mujer *petite*. Su joven amante, la acompañaba.

De repente, la mano del muchacho se posa en la pierna de Nora. Mientras escuchan el sermón, el muchacho comienza a hacer círculos sobre la media velada negra. Con cada círculo, se acerca cada vez más a su entrepierna. Nora lo mira para reprimirlo, pero en el fondo le pide más. Él lo sabe. Por eso la ignora. Nora intenta

controlarse. La respiración se entrecorta. Ya no son círculos, es la mano entera que aprieta la pierna. Y Nora suspira con más fuerza. Quiere que el muchacho suba su mano y la toque. Pero la observan. Su tez cambia de color. Tiene calor. El mink se hace innecesario. Lo pone sobre su regazo. El muchacho, con su mano cubierta, accede a ese lugar. A Nora la vuelve loca. Lo sabe. La misa continúa. La orquesta vuelve a tocar, el coro canta con fuerza, igual que Nora, que ahora, agitada, dejándose llevar, comienza a emitir pequeños gemidos que se convierten poco a poco en griticos desesperados en asenso y que terminan por mezclarse desafinadamente con la música. Y temblando, sale de su éxtasis, para encontrarse con la mirada acusadora de quienes la rodean. La gente tiene sus propias perversiones y las de Nora se exageran con la muerte...

Podría ser un buen cuento. Nos pusimos de pie. Llegó el momento de darnos el saludo de la paz. Lorenzo decía que cuando uno tenía que ir a una misa, lo mejor era llegar en el momento de “la paz sea contigo” por dos razones, primero porque sucede casi al final y, segundo, porque así la gente que te ha pedido que vayas se da cuenta que fuiste. A esta misa fue mucha gente. Cuando me di la vuelta y miré hacia atrás no podía creer lo atestada que estaba la iglesia. Alcancé a reconocer algunos cantantes famosos, políticos... Había más asistencia que en el concierto de inauguración del teatro. Yo también estaba allí, en esa misa sin sentido, buscando entre la gente a alguien que me salvara. Estaba agotada. Y entonces, mientras daba los saludos de la paz, parecí reconocer a una mujer rubia sentada en una de las bancas traseras. En ese momento me pareció familiar pero no tenía ni la menor idea de quién era. Me quedé mirándola y ella a mí. Se veía conmovida. Me senté de nuevo y mientras el cura terminaba la eucaristía, me quedé pensando en ella. ¿Dónde la había visto? Observé de nuevo el ataúd. Ahí seguía Lorenzo —o el cuerpo porque era probable que Lorenzo se hubiera ido hacía tiempo—. ¡Claro! Esa mujer... Era ella. Volteé de nuevo mi cabeza. Era la mujer rubia que salía con

Lorenzo en las pocas fotos que había visto. Nunca le pregunté a Lorenzo por ella. No quería que pensara que estaba husmeando en su vida —ahora me arrepiento—, pero estaba segura de que no eran sólo amigos. Desvié mi mirada a un lado. Reconocí —con terror puro— al hombre que estaba sentado a su lado, un hombre calvo y flaco con saco de paño café y pantalón estrecho; era el mismo hombre que había aparecido en mi sueño.

Capítulo 2. Vergüenza

Lorenzo Valsels no había llegado. La última vez que lo vi él tenía diez años y yo siete. No sabía si se acordaría de mí, si iba a ser amable, si recordaba como yo las tardes aquí en casa de mi tía Beatriz; esos juegos de niños, algunos secretos que guardamos hace tantos años. Mi temor era que no los tuviera tan presentes o no le significaran lo mismo que a mí. Tenía miedo de sufrir una decepción. Mejor, una vergüenza. Bueno, no sé si miedo sea la palabra. Lo cierto es que no todo el mundo comparte los mismos recuerdos por más que los hayan vivido juntos. Me ha pasado. Hay gente a la que yo he marcado y ni siquiera recuerdo su nombre. Era probable que a Lorenzo le hubiera sucedido lo mismo y que en este caso fuera yo la del nombre olvidado, la de la insignificancia. Yo me acordaba de todo. De casi todo. Y me preguntaba si era por el hecho de que fuera un tipo exitoso o si hubiera sido igual con cualquier otro. Tal vez tenía algo de ambos. Pero tampoco sabía por qué le daba tanta importancia. En últimas no esperaba nada de ese encuentro.

Esa noche todo me parecía acartonado. Demasiado. Una típica celebración de esas que hacemos los de la clase media queriendo aparentar ser de clase alta. Había un par de meseros que revoloteaban ofreciendo en bandejas de plata piernitas de pollo bañadas en salsa de maracuyá o cualquier otro sabor exótico que no pude identificar. La música era clásica —por obvias razones— y yo sólo me preguntaba si un director de orquesta a veces no preferiría escuchar algo de rock o de pop o tal vez un merengue o una salsa. Todos estos intentos de sofisticación me producían cierta ternura, por no decir algo de

vergüenza, pero también —y no lo voy negar— excitación. En el aire había una mezcla de nerviosismo, impaciencia y entusiasmo desbordados. Las mujeres retocaban el peinado y alisaban la falda mientras los hombres arreglaban su corbata y miraban el reloj. Unos con un vaso de whisky o una copa de vino. Otros movían sus manos en exceso mientras hablaban de cosas que parecían importantes. O no. De todas maneras, la expectativa de su llegada los estaba matando. Nos estaba matando.

La casa estaba repleta y el calor empezaba a sofocarnos, por lo que mi padre y yo fuimos hacia la escalera; como pudimos llegamos hasta el tercero y cuarto escalón desde donde tuvimos una mejor panorámica de la velada. La casa de mi tía Beatriz había sido el epicentro de todos mis recuerdos más íntimos. Ese vacío debajo de las escaleras que tantas veces fue casa, hospital, ambulancia, restaurante, ahora era un hueco lleno de trastos y cosas por arreglar —sí, que nunca llegan a ser arregladas—. Esa casa no era mi casa, era el espacio donde podía ser otra, donde tantas veces jugué; aquí conocí a Lorenzo y aquí lo volvería a ver tantos años después. Y pensar que durante tanto tiempo le guardé en secreto una santa devoción. Cualquiera se hubiera carcajeado de ver a una niña actuar como una anciana a la que ya no le quedan más ganas de vivir. Porque desde ese 16 de agosto en que se lo llevaron a vivir a España —como una viuda, como Penélope— le tejí cartas de amor que jamás fueron enviadas y hasta pasé las yemas de mis dedos por encima de su cara en las cuatro o cinco fotos que teníamos juntos. Juraba que entre más triste me pusiera, más pronto regresaría. Pero no volví a saber más de él y con el tiempo lo olvidé. No sé si el diario en el que escribía las cartas se me perdió en un trasteo o lo quemé en la chimenea a los quince años en un ritual con mis amigas para dejar la niñez atrás. En todo caso, de ese cuadernillo con candado —que nunca pude cerrar porque siempre estuvo dañado— no quedó nada. Y cuando Lorenzo empezó a aparecer en las noticias —un par de años atrás— como un

colombiano exitoso y con talento, todos los recuerdos llegaron a mí con más fuerza. Y ahí no sé si es que la memoria de la infancia la acentúa el presente, pero desde ese momento empecé a pensar en el día en el que lo volvería a tener frente a frente. No. Tampoco era una obsesión. Simplemente una posibilidad.

Y ahí estábamos, 27 años después en la cena que mi tía Beatriz ofrecía en su honor. La mitad de las personas que estaban esa noche no debían tener idea de quién era Lorenzo Valsels porque quién era él si aún no había salido en ninguna telenovela ni había sido portada de ninguna revista de farándula. Podría jurar que jamás habían escuchado nada que él hubiera hecho. Ah, pero ahí estaban, comiendo y bebiendo gratis, hablando demasiado de sí mismos, mintiendo, inventando vidas que no se parecen a las suyas. Lorenzo había venido al país para inaugurar el Teatro Mayor que llevaría su nombre y que se construyó en parte con la donación de un premio que había recibido en Viena el año anterior. Sólo por eso sabían su nombre. Sólo por eso les parecía importante estar ahí esa noche. Porque la música culta no es para todos. Tampoco para mí.

Fue entonces cuando llegó Lorenzo. Venía acompañado de su madre, Lola. Desde donde yo estaba podía ver cómo con una sonrisa —grande, por cierto— saludaba a cada persona que había en la sala. Un beso, la mano, un abrazo. Mi tía, tan pronto los vio gritó y se abalanzó sobre ellos. Los besó de doble beso en la mejilla, como en Europa, claro. Y todos empezaron a aplaudir. Cerré los ojos —¡qué vergüenza!—; sólo imaginaba lo que podía estar pensando Lorenzo. Me inquietaba su primera impresión. — Sí, me preocupa terriblemente el qué dirán. Es una mierda—. Quería saltar y pedirle disculpas, explicarle que yo no le hubiera hecho una celebración así; pero la realidad era que probablemente yo también la hubiera hecho de la misma manera —porque yo hacía parte de todo eso, de los meseros, de las piernitas de pollo, de la salsa de maracuyá, de

la música de fondo; estaba en mi sangre, en mis genes—. Y lo curioso es que ahora que miro hacia atrás hasta me parece muy bonito. Esa muestra de afecto desinteresado, sincero y auténtico que a veces uno niega, fue quizá lo que le hizo falta tantas veces a Lorenzo; la sensación de pertenecer a algo, no importa a qué.

Comencé a sudar mientras lo miraba. No entendía por qué. Repito que no esperaba nada de ese encuentro. Pero ya lo había visto en el periódico, lo había buscado algunas veces en Internet, me había enterado de sus logros, de sus premios. Nada de sus amores. No me interesaba Lorenzo así. Era curiosidad. La que despiertan quienes se vuelven famosos y que uno conoció antes de que lo fueran. Bueno... sí. Hacía un par de días había intentado buscar sobre su intimidad, pero sólo apareció en un par de fotografías acompañado de una chica rubia. La misma siempre. Mera curiosidad. Chisme.

Mi tía y su mejor vestido lo agarraron del brazo y lo guiaron entre sus invitados. Lorenzo era un tipo alto, delgado; tenía mucha clase. Llevaba un traje negro y una camisa blanca desapuntada en el cuello. Andaba derecho, con la espalda erguida; eso me gustó. No es fácil cargar con uno mismo y sentirse cómodo. Él lo estaba. O eso pensé en ese momento porque ahora, después de lo que ha pasado, todo pierde sentido. Esa confianza que proyectaba a través de su sonrisa amplia —no porque fuera perfecta, de dientes abundantes y blancos, sino porque era real— hoy me confunde.

Entonces mi mamá llegó hasta donde estábamos mi padre y yo; los ojos se le iban a salir al mismo tiempo que las palabras. Tal vez es la mujer con más energía que conozco; es de las que pregunta y se responde a la vez. Se queja de que mi padre ya no habla pero en realidad es ella quien no lo deja hablar; me atrevería a decir que es la verdadera culpable de la sordera de mi padre. Desde que llegó no paró de decir cosas de Lorenzo,

que estaba muy bello, que si me acordaba la tarde de la presentación de Romeo y Julieta en la que yo me limpié la boca justo después de que él intentara darme un beso —claro que lo recordaba y por eso busqué con la mirada a Lorenzo, su boca entera, sus dientes, su sonrisa—.

Bajé las escaleras huyendo de las preguntas de mis padres. No quería que se me notaran las ansias de verlo y fui en busca de un trago. Ahí me encontraba, en esa sala en donde en efecto había ocurrido el beso. El tiempo pasa sin que podamos darnos cuenta. A medida que crecemos esas cosas empiezan a tener un peso. La nostalgia; uno ha oído hablar de eso, pero sólo cuando empieza a acumular recuerdos conscientes, cuando cada vez son más y más, entiende el significado de esa palabra. No sé por qué de repente esa noche me atacó la nostalgia. Ver a Lorenzo me hizo comparar mi vida con la suya. En qué momento habíamos llegado a ser lo que éramos. Él, talentoso, reconocido, exitoso... ya lo había hecho todo. Yo, a mis 34 años, seguía rogando para que me pagaran unas monedas por un artículo. Mierda. Siempre es que la diferencia era grande. ¿Y si lo mejor fuera que me consiguiera un hombre que me mantuviera o que hubiera escogido cualquier otra profesión que no fuera la de escribir, como tantas veces me imagino que lo han soñado mis padres? Porque yo sé que los angustia mi inestabilidad económica —y a mí, claro que también—. Pero no sé si hay una manera de saber qué es lo mejor o lo peor. No sé si tener una familia, dos niños, un esposo al que escasamente veo y una casa en condominio a las afueras de la ciudad con canchas de golf y tenis sea la felicidad. A lo mejor sí. Pero no tengo nada de eso. Nada de esa vida se parece a la mía. En últimas, nuestras propias vidas nos aburren tanto que siempre queremos vivir la del otro, la que no tenemos.

Y ahí estaba, junto a mi tía a la que era dulce ver en su papel de anfitriona. Yo sé que siempre quiso a Lorenzo, desde que éramos chiquitos. Sí, porque mi tía Beatriz y Lola, la

mamá de Lorenzo, habían sido amigas desde el colegio. Esa era la razón —en realidad la única— para que él asistiera a esa fiesta, a su homenaje o como se le quiera llamar. Y si bien seguía en su labor de parecer amable con todos, entre cada beso y alargada de mano yo veía que buscaba inquieto con la mirada, como si le faltara algo. Y no sé por qué creí que en realidad me estaba buscando a mí, aunque un segundo después pensé que era absurdo. Y hoy me doy cuenta de que no lo fue; que en realidad ese hombre había ido ese día a la casa de nuestra infancia sólo para buscarme, porque por algún motivo que nunca sabré, él estaba seguro de encontrarme allí.

Entonces no paré por un buen rato de asestarme golpes mentales, mientras le miraba el peinado a mi prima Zoé —sí, no sé por qué nos ponen estos nombres, Cloé, Zoé— que más que un peinado parecía una obra de arte contemporáneo. Un mesero pasó y agarré un vaso de whisky. Lo odio, pero no había más y necesitaba, como fuera, parar de darme contra mí misma.

Mujer de pelo negro, enmarañado y sucio. Se llamaba Zoé. Mascaba chicle. Era una chica joven pero de mirada profunda; como si fuera más vieja de lo que en realidad era. Al parecer, era la única que podía entregar alguna pista sobre el asesino. Ese que le había descargado siete tiros a una mujer en el bar.

—Se había obsesionado con ella. Él y yo dejamos de vernos en cuanto la conoció y casi no volvió por la escuela. Después supe que se habían casado. Pensé que había sido muy pronto, ella era una mujer mayor... en fin. No sé nada más.

Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno. Las uñas pintadas de verde le hacían juego al tatuaje que exhibía en su hombro destapado. Un dragón de colores que expulsaba fuego por la boca. Sus manos temblaban.

—No estoy nerviosa. Tengo frío. ¿Usted no? Y no me pregunte nada más porque no sé nada más. Me tengo que ir. Si hay alguna novedad, se la haré saber.

Era segura. Agarró su bolso y su carpeta, se puso unos lentes negros con borde naranja y se fue caminando. En la mitad del pasillo se dio la vuelta.

—Joaquín es un tipo celoso. Y violento. Una vez me pegó en la cara porque según él había mirado con deseo a su amigo Arturo. No sé si eso le sirva de algo. Me imagino que sí, o no sé.

Siguió su camino hasta que desapareció por la puerta. Algo de todo esto empezaba cobrar sentido.

Y en este cuento andaba cuando escuché a mi tía decir mi nombre. Volteé la cabeza y me encontré con Lorenzo y su sonrisa. Lorenzo y su sonrisa. Lorenzo y su sonrisa. Lo único que vi.

—Esta es Cloé, mi sobrina, ¿si te acuerdas de ella? —dijo radiante mi tía Beatriz.

—Claro que sí —respondió Lorenzo y me dio un beso. Por poco nos lo damos en la boca porque lo hizo doble y todo se volvió aparatoso. Fue un accidente, claro, pero yo había estado pensando todo el tiempo en que si venía a saludarme tendría que darle dos besos como se usa donde él vive, aunque me pareciera esnob porque esto no es Europa. Y no lo hice, me desconcentré y todo se complicó. Nuestros labios se rozaron pero ese instante de felicidad se rompió por el choque de mi nariz contra su pómulo. Nos reímos con muchísima cortesía, como un par de idiotas.

—¡Cuánto tiempo, Cloé! —con un acento medio español me dijo Lola, su madre, que salió por detrás de mi tía—. ¡Estás guapísima! ¿Si te acuerdas de mí?

—Gracias por lo de guapa, Lola...

La abracé con entusiasmo, más de lo que ella se esperaba; la envolví con mis brazos y la apreté con seguridad. Olía a lo mismo que la última vez que la vi, un perfume almizclado entre sándalo y rosas. Tengo grabados en mi cabeza, desde esa época, sus dedos largos cubiertos de unos guantes rojos. Me parecía tan elegante. De niña quería ser como ella cuando fuera grande. Pero ya estaba grande y no lo era. Ni me acercaba a serlo. Esa mujer de rasgos afilados siempre fue dulce conmigo. Pero su hermosa apariencia y su papel de madre no iban mucho de la mano. Digamos que eran inversamente proporcionales, como me lo diría Lorenzo un día.

Cuando la solté del abrazo vi que Lorenzo no dejaba de mirarme. Me miraba tan fijamente; Lorenzo y su sonrisa. Lorenzo y su sonrisa. Fue lo único que vi. Ahora sí estaba nerviosa. No sabía si ese “claro que sí” lo había dicho en serio o si era una pura cortesía. Días después me confesó que sí. Que en serio se acordaba de mí. Que de hecho el único motivo de su presencia esa noche en casa de mi tía Beatriz era el de verme de nuevo. Volvió a decir mi nombre... Cloé... y sonrió.

Esa noche me emborraché. Ya dije que odio el whisky, pero me excedí. No entiendo muy bien en qué momento pasé de odiarlo a beberme lo que había en las botellas. Ya quedaba poca gente, la música —ya era hora— había pasado de clásica aailable. La estaba pasando bien con Lorenzo, mi madre estaba feliz de verme tan alegre, mi padre no decía nada, mi tía Beatriz y Lola se gozaban la reunión con sus demás amigas —y yo estaba en una especie de limbo porque sentía que este hombre estaba haciendo todo lo posible por seducirme—. Y no sé, tal vez era efecto de los tragos, pero mi cuerpo se movía cada vez con más frescura, hasta parecía natural; también —creo— hablé más de la cuenta.

—Me pongo a imaginar los lugares y los eventos a los que seguramente usted ha ido —dije cuando caminábamos hacia el jardín interior que tenía la casa. Quería fumarme un cigarrillo aunque ya llevara una semana intentando dejarlo. Los tragos y la fiesta no son el mejor método.

—¿Y?

—Pues que todo esto podría parecerle tan triste —terminé la frase al tiempo que me tropezaba con el marco de la puerta que daba al jardín. Casi riéndose de mi torpeza me agarró del brazo para ayudarme—. No sé por qué desde que llegó tengo la sensación de que usted se burla de todo esto, de esta ridiculez de fiesta, de que lo alaben así; a mí me da pena.

—¿Y cómo te imaginas que son esos lugares y eventos a los que he ido? —me preguntó.

—No sé. Usted ha estado en muchos lugares de Europa, de Estados Unidos...

—Sí...

—Me lo imagino tocando en salones enormes, teatros con arañas de cristal colgadas del techo, gente de vestidos largos que va a escucharlo; cenas con personajes importantes, restaurantes lujosos, hoteles impagables; tal vez alguna invitación a un pequeño y retirado castillo heredado por un duque archimillonario que es amante de lo que usted hace...

Su carcajada me sacó de mi ensoñación —así era como yo me imaginaba su vida—.

—¡Qué imaginación tienes, Cloé!

—¿Por qué? ¿Acaso no es así?

—Con razón escribes —me dijo mientras me robaba un pitazo de mi cigarrillo.

—¿Y usted cómo sabe que yo escribo? —yo no le había dicho nada concreto sobre mí durante toda la noche.

—No lo sabía...

—Pero si me lo acaba de decir...

—Dije cualquier cosa y acerté —dijo y me miró fijamente.

Me quedé ahí parada. No era verdad que no lo supiera, no era verdad que fuera una suerte de coincidencia. Eso quería decir que había averiguado por mí. En ese momento me pareció increíble, me encantó; hoy me da rabia. Si hubiera sabido acaso el destino que correríamos, ese habría sido el fin de nuestra conversación; de nuestra noche.

—Sí, he conocido lugares increíbles; no me quejo. He comido en buenos restaurantes, he dormido en hoteles cómodos, no he sido invitado por ningún archiduque aficionado a la música clásica —esa es tal vez una visión romántica y atemporal de mi profesión—, pero salvo una o dos veces, nunca la he pasado tan bien como hoy —dijo y luego miró al cielo—. Para que no te dé pena, eso que tú me dices de cómo imaginas mi vida puede sonar mágico, pero nunca nada ha sido tan real como esto, como esta fiesta. Ver a mi mamá divertirse con tu tía... aquí está la gente que realmente me quiere.

Ay, de verdad no supe si me estaba hablando en serio. Esa noche no le creí nada de nada. Me pareció hasta insulso eso que me dijo. Antipático. Un mesero pasó con una bandeja de whiskys recién servidos. Estiré mi mano y agarré uno que me bogueé como si no hubiera un mañana. No supe más.

Lo siguiente fue abrir los ojos. Ya era de día. Vi el techo de mi cuarto. Pero era mi cuarto en la casa de mis padres. Horror. Fue como si me hubieran devuelto casi diez años. Todo me daba vueltas. Creo que todavía estaba borracha. Cerré los ojos de nuevo. Nauseas. Me senté en la cama como pude. Estaba en camiseta y calzones. Qué degradación. Caminé hasta el baño y vomité. El dolor de cabeza era insuperable. Hay momentos en los que me provoca desatornillarme del cuerpo las piernas o la cabeza para que reposen a un lado y así no sentir el cansancio o el dolor. ¿Por qué había terminado allí? No recordaba nada. Miré el reloj. Faltaba un cuarto para las once. Me tumbé de nuevo en la cama y cerré los ojos.

Me despertó el taconear de mi madre contra el piso de madera; se acercaba. Abrió la puerta dizque con cautela pero ella sabía que sus tacones eran infalibles. Toda mi niñez fueron mi despertador.

—¿Estás bien, Clo? —dijo—. Ya faltan diez para las dos, ¿no quieres comer nada?

—Ay mamá, lo que quiero es morirme. Qué borrachera.

Hubo un silencio. Y cuando mi madre permite que haya un silencio es porque algo anda mal.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Lorenzo ha llamado ya dos veces.

—¿Y?

—Pues que no puedo creer que ese muchacho te esté llamando después de lo que hiciste anoche.

Quedé sentada en la cama. Acaso qué era eso tan terrible que había hecho. Mi mamá era una mujer que estaba más allá del bien y del mal pero verle la cara me hizo pensar en la gravedad del asunto.

—¿Qué hice? —pregunté ansiosa.

El teléfono sonó. Mi padre contestó desde algún lugar de la casa.

—Te pasaste de tragos. Terminaste insultándolo a grito herido pero luego le suplicaste llorando que te llevara a tu casa. Que si no era con él, tú no te ibas a ir. Por supuesto se vino con nosotros entre el taxi y para acabar de completar te le vomitaste encima. Yo no te iba a dejar ir así sola para tu casa, Cloé.

Mierda sí, qué pena —aunque en realidad no me daba tanta—. Creo que tenía más miedo de haber defraudado a mi padre que a Lorenzo. Cuando a los quince o dieciséis años conocí el mundo del licor, mi padre se sentó un día y me dijo: “Yo sé que no te lo voy a poder prohibir porque igual lo vas a hacer, probablemente hasta que te mueras. Pero entonces te voy a enseñar a beber, para que aprendas a disfrutarlo”. Y así fue. Pocos guayabos en mi vida había padecido y jamás una laguna. Esta era, en efecto, la primera.

—¿Cloé ya se levantó? —gritó mi padre.

—¡Sí, ya! —respondió mi madre.

—¡Dile que agarre el teléfono, que es Lorenzo!

Mi mamá me trajo el teléfono y salió tras cerrar la puerta, aunque yo sé que se quedó escuchando mi conversación del otro lado. Antes de poder pronunciar la primera palabra Lorenzo me pidió que por favor no me fuera a disculpar. Que seguramente ni yo me

acordaba de lo que había hecho o dicho, entonces para qué. Me quedé muda. Tenía razón. Me dijo que esa tarde tenía ensayo con los músicos, pero que por qué no le aceptaba una invitación a comer después en la noche. Tenía muchas ganas de verlo otra vez, pero había algo que me impedía hacerlo. No era vergüenza por la noche anterior. La verdad hasta me parecía divertido y si lo había insultado era porque a lo mejor se lo merecía. Dudé. Al final le dije que no. Que no me sentía muy bien, que lo dejáramos para después. Escuché los tacones de mi madre alejarse —tratando de ser lo más silenciosos posible— y colgué. Me estaba sintiendo como una imbécil.

Capítulo 3. Tragedia

De la casa de mis padres me había robado un par de álbumes fotográficos. No quería que mi madre me preguntara por qué o para qué los quería porque era obvio. Ahí estaban las fotos con Lorenzo cuando éramos chiquitos; sí, las de la repasada con las yemas de los dedos. Hacía mucho que no las veía. Lorenzo y yo: doctor y enfermera. Un vendaval de pasado borroso me arropó.

El sol de la tarde entraba por la ventana de la sala. Mi madre, Lola y mi tía Beatriz fumaban mientras preparaban las onces en la cocina. Eso era lo que más disfrutaba de ir a visitarla, que siempre me daba onces. En mi casa mi madre decía que no nos daba porque después no nos comíamos la comida. Ah sí. Tengo un hermano. No lo había dicho. Es menor —no mucho, apenas un año y medio— y vive en Buenos Aires. Se llama Ramón y me aburre. Lo quiero mucho, pero cuando miro su vida perfecta me puedo morir del tedio.

Lorenzo y yo normalmente jugábamos en el hueco debajo de las escaleras a que éramos una familia; papá, mamá, bebé y Ramón, que era dizque la empleada —Ramona le decíamos y se moría de la ira—, pero siempre le dábamos el día libre porque no nos gustaba jugar con él. Cada uno se metía en su rol y aunque el mío era más parecido al de una ama de casa real de los años cincuenta porque hacía la comida, cambiaba y arrullaba al bebé y fumaba cigarrillos que eran lápices, el de Lorenzo en cambio se convertía en lo que podía ser una mezcla de robot, superhéroe y papá; el bebé poco le

importaba, manejaba naves espaciales y tenía poderes. Ahora pienso que nos acercábamos a ser una familia disfuncional, como todas. Entre mis recuerdos borrosos están algunos de esos momentos debajo de la sábana —que era la puerta de nuestro hogar—, en donde nos dábamos besos y nos tocábamos. Las imágenes que tengo son vagas, pero había cierta sensación de placer. Creo que una vez nos vio Ramón y salió corriendo a decirle a mi mamá para que ella nos castigara y nos repitiera que eso no se hacía. No es su culpa, pero sólo esa frase, “eso no se hace”, me costó buenas horas y buenos pesos donde el psiquiatra —y con todo, los padres hoy quieren que uno tenga una pareja estable, que goce de una vida sexual sana y activa—.

Pero esa tarde armamos en vez de casa, una suerte de hospital. Él era el doctor y yo la enfermera y estábamos llenos de pacientes enfermos que perdían mucha sangre y que en la mayoría de los casos morían. Lorenzo Valsels no era el mejor doctor, tal vez había pasado raspando sus exámenes finales —siempre que voy al médico pienso en eso, ¿cómo saber cuáles fueron sus notas y sus promedios en la universidad? Porque todos sabemos que mucha gente mediocre logra pasar las pruebas académicas con notas muy bajas, bien sea por suerte o por copia, y así terminamos poniéndonos en manos de alguien que probablemente no estudió lo suficiente para el examen final de cardiología—. Pues a este doctor Valsels se le morían todos los pacientes. También creo que influía el romance que sostenía con la enfermera Cloé Salgado y que esa tarde se consumaba en las instalaciones del hospital. No sé si andábamos en esos roces de cuerpos torpes o si estábamos salvándole la vida a algún oso, bebé sin pelo, Barbie o Transformer, cuando escuché el taconear acelerado de mi mamá que se acercaba.

Lo que siguió a continuación fue una sucesión de imágenes, olores y sonidos que se mezclaron en mi cabeza. Desordenados en el tiempo y en ese acontecer simultáneo, no sé qué fue primero, como el dilema del huevo y la gallina. Todo fue algarabía.

Algo había ocurrido en la calle. Mi tía, Lola y mi mamá habían salido hasta la puerta. Mi hermano gritaba “sangre, Clocló, sangre”. No sé si salió primero Lorenzo o si fui yo la que dejó lo que estaba haciendo para ir en busca de esa sangre que clamaba mi hermano. Me imagino que lo primero que pensé fue que se trataba de una emergencia y necesitarían doctores; a juzgar por la cantidad de esmaltes rojos que le robábamos a mi tía para simular los partos de la Barbie, si algo nos gustaba en serio, era la sangre. O al menos eso creíamos. Cuando uno es un niño inventa mundos imaginarios que rara vez se mezclan con la realidad. Ese día, la realidad nos sacó de la ficción y de alguna manera nos rapó la inocencia.

La imagen fue la siguiente: la cabeza del niño no se veía. Estaba completamente debajo de la llanta del camión de la basura. Si se veía en perspectiva, la gigantesca llanta hacía las veces de cabeza de ese cuerpito vestido de camiseta morada, pantaloneta verde y tenis blancos que yacía extendido en el pavimento. Un río de sangre, no muy caudaloso, salía de detrás de la llanta mientras que al otro lado, en el fondo, pude reconocer el balón de colores de Rafael, el vecinito de mi tía Beatriz. Y mientras Lorenzo y yo registrábamos esto en una fracción de segundos —que fue lo que nos permitieron permanecer allí—, los gritos de una mujer desesperada se me fueron instalando en el lugar más profundo del oído.

Lorenzo salió corriendo y no se metió en el hueco de la escalera —nuestra guarida— sino debajo de la cama de mi tía Beatriz en el segundo piso. No quería salir de ahí. Mi hermano y yo nos arrodillamos para hablarle pero estaba boca abajo con los ojos cerrados y las orejas tapadas con las dos manos. Supongo que tenía los mismos gritos incrustados en la cabeza. Entonces yo me metí por un lado y Ramón por el otro. Le hicimos lo que llamábamos “el sandwichito”. Queríamos acompañarlo, pero aunque yo estaba de alguna manera impresionada —y Ramón, imagino que también—, era como si

aún no lográramos entender las dimensiones de una tragedia que Lorenzo ya captaba con algo más de sensatez. Para él fue diferente. Lo único que se me ocurrió hacer en ese momento fue cruzarle el brazo por encima de su espalda. Ramón hizo lo mismo y nos quedamos ahí un buen rato sin decirnos nada. Todo era tácito, menos los gritos.

Escuchamos las voces de nuestras madres. Nos buscaban ya con algo de desespero. No sé cuánto tiempo habíamos estado ahí. Supongo que no mucho. Lorenzo seguía en la misma posición. Miraba el piso. Cuando nos encontraron nos ordenaron salir de debajo de la cama. Mi hermano y yo obedecimos pero Lorenzo se negó. En ese instante me sobrecogió un sentimiento de culpa y sentí que había traicionado a Lorenzo por primera vez, que debía haberme quedado allá abajo, junto con él. Traté de regresar en vano. Lola le ordenó que saliera de inmediato a lo que él respondió con un grito. Su madre se agachó y lo haló con fuerza del brazo. Jamás había visto a esa mujer tan brava. Ahora pienso que su comportamiento estaba ligado al estado emocional del shock que habíamos sufrido todos por la muerte de Rafael y que más que nada, lo que tenía la pobre era puro y físico miedo. Lorenzo lloraba. Luego lloré yo y Ramón me secundó. Entre llantos, regaños y zarandeadas se llevaron esa noche a Lorenzo. Ramón y yo dormimos con mi mamá y mi papá y recé el ángel de la guarda hasta que me quedé profunda. No sé cómo habrá sido la noche para Lorenzo. Imagino que en algo parecida.

Busqué alguna foto donde apareciera Rafael. No me acordaba muy bien de su cara. Encontré una en la que posábamos Lorenzo, Rafael y yo disfrazados de espantapájaros. A mí nunca me hablaron de la muerte. Mi padre intentó hacerlo tal vez un par de veces, pero mi madre lo regañaba diciéndole que de eso no se hablaba delante de los niños. ¿Por qué no? No me enseñaron nada de la muerte, de su inminencia. No me dijeron que no importa cuántos años tengas o en qué lugar te encuentres, igual te puede sorprender. La tragedia de Rafael sólo suscitaba preguntas como por qué él, a su edad, en su

inocencia... por qué nadie le gritó que el camión se movía, por qué no se puede revertir ese instante, ese segundo antes. Lo aterrador de la muerte es el tiempo. Un segundo estás, el otro ya no. Y la culpa que martilla repitiendo, “si yo hubiera”... No hay salvación. Nadie puede preverlo, nadie puede contra lo desconocido porque simplemente lo desconoce. Pero si nos enseñaran que somos impermanentes y que lo que importa es el ahora, este instante que es lo único que nos pertenece, nos preocuparíamos más por ser mejores personas.

A lo pocos días de ese suceso, regresamos a casa de mi tía Beatriz para una cena de despedida que ella les ofrecía. Era la última vez que los veríamos antes de su viaje a España. Lola se casaría el mes próximo en Madrid con el Matador Valsels y aunque no era el padre de Lorenzo, lo quería como a un hijo propio. Esa noche jugamos, como era habitual, debajo de las escaleras. Hicimos nuestra propia cena y comimos juntos. Pero para Lorenzo, lo de Rafael había sido tan impactante —imagino yo— que lo sentó a la mesa con nosotros. No había nada, sólo un plato y un vaso desechables, pero estaba sentado con nosotros. Lorenzo le hablaba como si fuera alguien real. Era una especie de amigo imaginario. Y yo —sana— hacía lo mismo. Era un juego. Esa noche, esa última noche, hicimos un pacto —y si no hubiera pasado lo que pasó tal vez no me hubiera acordado de esto que hasta el momento parecía insignificante—. Lorenzo me hizo prometerle que no lo iba a dejar morir solo, así como había muerto Rafael. Que el día que se muriera, yo me tenía que morir con él. Y yo, que en definitiva no entendía de qué era que estaba hablando con exactitud, acepté. Agarramos un envoltorio de menta y cada uno lo sujetó por un lado, contamos hasta tres y halamos hasta que se rompió. La idea era guardarlo para siempre como símbolo de nuestro pacto, pero cuando me despedí de Lorenzo —ninguno de los dos sospechó siquiera que nuestra separación iba

a durar tantos años— y regresé al hueco de las escaleras, encontré su pedazo tirado en el piso. El mío también se perdió en algún rincón de la casa.

Si uno creyera en la fidelidad de los pactos de infancia y fuera capaz de guardar la palabra —esa a la que faltamos a menudo—, entonces yo también tendría que estar muerta. No tendría por qué haberlo dejado sólo en este viaje. Pero no. No me interesa. No me quiero morir. No todavía. Jamás hubiera pensado en un final así para Lorenzo. Bueno, nadie sabe cuál será el final de nadie; ni siquiera el de uno mismo.

Sonó el teléfono. Salí abruptamente de mis recuerdos. Cerré el álbum y contesté. Era Lorenzo. Me pareció todo tan sospechoso. ¿Qué quería? Ya le había dicho que no me sentía bien y sin embargo volvía a llamar. En el fondo me emocioné pero no quería hablarle. ¿O sí? Estaba confundida.

—¿Qué hacías? —preguntó Lorenzo al otro lado del teléfono.

—Viendo televisión —respondí con una naturalidad pasmosa. No se me ocurrió nada más.

—¿Y qué tal va la resaca?

—Mejorando. Por lo menos ya no vomito.

Hubo una risa de su parte y luego un silencio incómodo.

—Yo acabo de llegar de ensayo —dijo. A lo mejor esperaba que yo le preguntara cómo le había ido, pero no sé por qué no lo hice. Puede ser ese instinto de supervivencia que dicen que tenemos las mujeres cuando sabemos que alguien nos ronda. Sospechar que de una u otra manera no debemos involucrarnos.

—Los músicos son todos muy guay; fue un ensayo más de conversar, de explicarles lo que quiero para el concierto —prosiguió—. Mañana empieza lo duro.

—Qué bueno —fue lo único que acaté a decir. Pensaba en lo extraño que me resultaba estar hablando con él. Tantos años sin verlo, sin tener ningún contacto y de repente, en una noche, volvíamos a hablar de manera normal, de lo que haría mañana, como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotros. Pero claro que había pasado. Y ese Lorenzo al que escuchaba a través de la bocina con algo de acento español era un completo desconocido para mí. El tiempo es una cosa que no se acaba de entender. De un día para otro me había resultado un hombre que me llamaba para invitarme a salir, cuando desde hacía meses, desde que había terminado con Domingo, nadie me volteaba a mirar. Qué era lo que había causado en Lorenzo. Por qué tanta insistencia. Yo sé que esas cosas pasan, y que así surgen las grandes historias de amor, pero aquí no había amor. Aquí había un interés particular. No sé si de su parte o de la mía.

Pero él insistía en que quería verme, que le aceptara una invitación a comer. Finalmente acepté. Quedamos de vernos al día siguiente después de su ensayo. Cuando colgué me arrepentí de haberle dicho que sí. Esa noche tuve un sueño erótico. No. No con Lorenzo. Con Domingo. ¿Podría decir entonces que fue una pesadilla? No, tampoco. El pobre Domingo no tiene la culpa de mi desequilibrio. Tampoco del guayabo que me seguía matando.

Capítulo 4. Compasión

A la vuelta del Teatro Mayor hay un bar que yo solía frecuentar con Domingo, mi ex novio, cuando empezamos a salir. De eso hará diez años. Le dije a Lorenzo que lo esperaba ahí después de su ensayo para que nos tomáramos algo y luego fuéramos a comer a donde él quisiera. Lo hice también porque quería verlo en un territorio neutro, o digamos más cercano a mí, por esa estúpida necesidad de tener el control de las situaciones. Llegué a las nueve y cuarto aunque la cita era a las nueve y media. La mayoría de las personas no saben qué hacer cuando se encuentran solas en un lugar esperando, pero a mí me gusta. Disfruto observar a la gente, sus actitudes, sus vicios, sus mañas; la manera como matan el tiempo haciéndole creer a los observadores como yo que no están incómodos, ni apurados, ni angustiados. Buscan cosas dentro de sus bolsos, sacan su celular para fingir que necesitan enviar un mensaje importante, se acomodan el pelo, se humedecen los labios con algún producto de esos que no sirven para nada. Son incapaces de quedarse quietos. De mirar al otro.

Lázaro, el que atiende el bar, me regaló un aguardiente. Él sabe que me gusta tomármelo despacio, con sorbos pequeños. Así como me enseñó mi papá.

—¿Y qué, Cloé? —dijo Lázaro—. Hacía rato no venía.

—Yo sé. Es que ya me queda muy lejos.

—¿Y el honor se debe a qué?

—Espero a un amigo que trabaja por aquí cerca...

—Ah, yo pensé que se iba a ver con Domingo.

—No, si Domingo se fue a vivir a Buenos Aires. ¿No sabía?

—No tenía ni idea. Con razón tampoco volvió. Mándele saludes si habla con él.

—Por supuesto —le respondí pensando cuándo sería ese cuándo. Domingo me había dicho la última vez que prefería no volver a hablar conmigo porque le hacía mucho daño. No sé si me odia, si me ama todavía, pero supongo que ya se le pasará. A veces pienso que lo que pasó fue que se consiguió una novia y no quiere contarme. Yo lo dejo porque al fin y al cabo entre nosotros sólo queda una bonita amistad, como diría mi mamá.

No había mucha gente en el bar. Una mujer de pequeña estatura acababa de entrar para encontrarse con un hombre de barba, un poco mayor que ella. Deduje que era la primera vez que se veían porque se saludaron de mano. Pidieron dos whiskys y se sentaron en la barra. Me causaba curiosidad qué hacían estos dos personajes encontrándose en un bar a esa hora y saludándose de mano. Prostituta no era. O al menos no parecía. En una mesa al fondo, dos hombres charlaban intensamente. Dos oficinistas. Uno de ellos estaba ya borracho e intentaba quitarse con la boca la argolla que tenía en la mano izquierda. El otro trataba de impedirsele y le decía que tranquilo; se le notaba la incomodidad por el comportamiento de su amigo, pobre. Saqué una libreta y anoté: dos hombres, anillo, incomodidad, desespero, tristeza. Se me ocurrió un posible cuento y pensé que si quedaba bueno lo podía enviar a un concurso.

El hombre del anillo se para. Su amigo intenta detenerlo. Desenfunda un arma y dispara en siete ocasiones contra la mujer de pequeña estatura que había saludado de

mano al de barba. Luego desaparece por la puerta. Todo sucede muy rápido. Sólo se escuchan gritos. La gente se desacomoda de sus puestos. Ella que está en la mitad de todo, no es capaz de voltear a mirar para ningún lado. Las manos se le ponen heladas y por un momento piensa que alguna de las balas la ha alcanzado. No hay tal bala. Es hipotermia. No se escucha nada más. Como cuando uno se sumerge en el agua y no escucha si no murmullos, ese leve sonido que te indica que algo está ocurriendo en la superficie. Una parálisis de todo el cuerpo le impide cualquier tipo de movimiento. Sólo piensa en si la mujer de pequeña estatura está viva o muerta. Si es lo primero y ella es la única persona en ese lugar, lo más seguro es que la mujer pase a ser lo segundo de manera instantánea. Su capacidad de reacción es de cero, siendo diez la más rápida. Y entonces escucha a la gente gritar cosas como “sangre”, “muerta”, “respira”, “cuello”, “abdomen” y no siente nada más...

Sin preguntarme, Lázaro me puso otro aguardiente sobre la barra y tampoco me lo cobró. No me dio pena. Tampoco se lo agradecí. Con lo que me había bebido en ese bar, antes me salían a deber. Mi cuento quedó ahí porque en ese instante vi que Lorenzo atravesó la puerta.

—Joder, ya me llevas una buena ventaja —me dijo y después me dio un beso en cada mejilla. Esta vez no hubo choques.

Sé que me dijo eso para romper el hielo. Se sentó a mi lado en la barra. Yo no conocía bien a Lorenzo pero había cierta familiaridad entre nosotros. Él era un hombre en todo el sentido de la palabra, cómo explicarlo. Había un halo de protección que me envolvía, que me abrazaba cada vez que lo tenía cerca. Yo me sentía terriblemente cómoda a su lado. Sonreí.

—Todavía tengo guayabo. Toca compensar lo descompensado.

—¿Qué te tomas? —me preguntó.

—Aguardiente.

—¡Coño! Te fuiste por las grandes ligas.

Lázaro se acercó.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Ponme una caña, por ahora —le dijo a Lázaro—. Una Club Colombia.

Los españoles no piden el favor. Tampoco es necesario siempre, como aquí que para todo tenemos una manera que hostiga para preguntar. Lázaro regresó y le puso su cerveza en la barra.

—¿Cómo le fue? —le pregunté.

—Bien. Hoy llegó Carlos... eso me ayudó bastante.

—¿Quién es Carlos?

—Uno de los mejores músicos de España. Me lo traje para que haga un solo. Es un verdadero genio.

—Ah, pues qué bueno.

Nos miramos. Me maldije por no haberle podido sostener la mirada. Lorenzo, aparte de su sonrisa, tenía unos ojos que me arañaban por dentro, como un gato queriendo meterse en una caja de cartón. Tenía la sensación de que sabía todo lo que yo pensaba. Pero eso era imposible. Nadie sabe en realidad lo que el otro piensa. Se puede intuir, mas no saber. Pero yo me sentía descubierta.

Me pidió que nos sentáramos en una mesa porque le dolía un poco la espalda. La que escogimos daba contra la ventana.

—¿Le gusta esta música? —le pregunté.

—Sí.

—Podemos ir a otro lugar si quiere...

—Te acabo de decir que sí.

—No sé... es que a lo mejor usted prefiere algo más calmado.

Lorenzo soltó una carcajada.

—¿Así de aburrido parezco? —me preguntó mientras extendió el brazo y le hizo señas a Lázaro para que le trajera otra cerveza.

—No sé... yo sólo pregunto.

—La música toda me gusta. Algunas cosas más que otras, como a cualquiera. Pero esto está bien.

Me reí. No de él, de mi. Es fácil caer en la estupidez, en esa que uno cree que los otros tienen pero uno no. Eso era exactamente lo que había criticado el día de la reunión en casa de mi tía Beatriz cuando pusieron la música clásica. Le conté a Lorenzo y se rió conmigo.

—La gente imagina que uno tiene una vida de monje, que sólo escucha orquestas barrocas, conciertos para piano y opera. Que se codea con duques, archiduques y caballeros andantes —me miró de manera acusadora. Yo sonreí—. Pero no. Lamento informar que uno es un ser humano común que si le tocan salsa, baila salsa, que

escucha rock y tararea las canciones que le gustan y que en caso de que esté despechado, pone una ranchera.

—Eso me preguntaba yo, fíjese —y acerqué mi copa de aguardiente hasta su vaso de cerveza casi vacío y brindamos.

Lázaro llegó con otra cerveza. Lorenzo sacó un billete y lo dejó en la mesa. Le dijo que se quedara con el cambio.

—¿Qué te apetece para la cena? —me preguntó. Lorenzo tenía una mezcla extraña de acentos y de palabras. Era medio español, medio colombiano y eso lo hacía de alguna manera atractivo. Esa fascinación por lo extranjero es como un fetiche... no solo para mí. Para todo el mundo, creo.

—Es usted el que está de visita.

—Creo que me voy a quedar por un buen rato por aquí, así que no tengo ningún afán.

—¿En serio? ¿No va a volver a Los Ángeles o a Europa?

—Ya hice lo que tenía que hacer por allá.

—Pensé que este viaje era una cosa temporal...

—Pensaste mal. Hacía rato quería regresar —y por primera vez bajó la mirada. Se le quedó perdida en esa mesa de madera lisa y estiró la boca. No supe lo que estaba pensando. Por más que intenté, no pude hacer la del gato con la caja, no me pude meter en su cabeza. En ese momento nada me parecía sospechoso, pero ahora me provoca devolver el tiempo y haberle preguntado por qué, por qué aquí, por qué conmigo, por qué

no antes sino después de estos días juntos, de esa fe que me había sembrado, de esa seducción absurda a la que estaba jugando.

Nos quedamos en silencio escuchando la música. Miré por la ventana y me encontré con un perro negro, de esos callejeros que abundan en esta ciudad. Estaba enfermo, muy enfermo. Cojeaba y su cadera se le desplazaba cada vez que daba un paso. Deambulaba perdido, como si no viera lo suficiente. Cerré los ojos y volteé la cabeza. Cuando los abrí, Lorenzo me vigilaba.

—¿Tu ayudarías a morir a un perro? —me preguntó con curiosidad.

—Pues... si está sufriendo, sí.

—¿Y cómo sabes si está sufriendo?

—¿Lo dice por éste?

—O por cualquier otro...

—Eso se nota...

—¿Tu crees?

—A este sí se le nota.

—Yo tuve un perro... ¡Ah! ¿Pues te acuerdas? Lo alcancé a tener aquí en Bogotá y luego nos lo llevamos para Madrid.

—¿Michael era que se llamaba? —pregunté aún sin haberlo traído del todo a mi memoria.

—¡Ay, te acuerdas del nombre! Sí, Michael. Yo le puse así por Michael Jackson.
¿Qué tal?

Sonreímos. No me acordaba muy bien del perro, pero sí de su afición por Jackson.

—Nos duró muchos años. Cuando se quedó ciego, el matador Valsels lo mató para que no sufriera —dijo y tomó un trago de su cerveza.

—¿Lo mató? —pregunté horrorizada ante la imagen de un torero —que era lo que hacía el padrastro de Lorenzo— asesinando, no a un toro, sino a un perro.

—Quiero decir, que lo puso a dormir —me aclaró.

El alma me volvió al cuerpo pero caí en cuenta de mi torpeza.

—Ah... pero... a la larga fue lo mejor, ¿o no? —fue lo único que pude elaborar.

—No sé. Yo sabía que en el fondo era lo mejor para él... pero nunca podré saber si estaba preparado para morir. Si eso era lo que él quería.

—Yo creo que uno nunca está preparado para morir, pero también creo que cuando todo duele, cuando se está impedido, sólo se espera la muerte.

Lorenzo me instaló de nuevo ese gato me que arañaba el pecho. Ahora niego con la cabeza porque entiendo las preguntas que me hacía. No era el perro. No era el maldito perro lo que importaba.

—¿Crees que papá hizo bien? —me preguntó.

—Creo que sí. Pobre perrito, estaba sufriendo.

—Perrito... Sí, era un perrito... era bien tierno el gilipollas ese. Sufría. El pobre nunca se quejó.

—Fue un acto de compasión el de su padre, creo yo.

—Esa es la palabra. *Cumpassio* —dijo y miró al techo—. Mucha gente la usa y poca la entiende. ¿Sabes qué es?

—Fui yo la que lo dijo.

—Poca gente la tiene.

—Poca.

—¿Pero sabes qué es?

—Creo que sí —respondí un poco incómoda. Sentía que me interrogaba y que al mismo tiempo me probaba.

—Mi papá entendió en qué estaba Michael. Lo acompañó...

—Lo alivió...

—A pesar de mí, de mi madre... de él mismo. Eso no es fácil de entender. Siempre somos egoístas, Cloé.

Me entró un escalofrío. En ese instante pensé que era el viento que entraba por un lado de la ventana. Lorenzo llevaba la conversación hacia donde quería. Eso tenía, ínfulas de maestro, y había encontrado a una alumna perfecta que buscaba algo que la salvara de ese estado de incertidumbre en el que estaba. Me gustaba hablar con él, aprendía, entendía la vida de otra manera. Lorenzo era un ser profundo, como pocos que he conocido. Si yo me consideraba una observadora, él me aventajaba en años. Su claridad era a veces perturbadora. Me confrontaba a menudo y aunque me tallaba y por momentos me ponía de mal humor, hoy sé que sólo me hablaba con compasión, con la verdadera.

—¿Qué quiere comer? —le pregunté para sacarnos de donde quiera que estuviésemos. Sonrió y me dijo que le provocaba algo de comida peruana. Pensé en ese restaurante que a mi papá le gusta tanto y le propuse que fuéramos allí pero que si queríamos llegar antes de que cerraran la cocina teníamos que irnos pronto. Dijo que iba al baño y que en cuanto volviera nos iríamos. Lo vi caminar de espaldas. Lorenzo era arrogante. Terriblemente arrogante. Así caminaba por la vida. Pero esa arrogancia le lucía. Volví sobre mi copa de aguardiente y me tomé el último sorbo. Los dos hombres de la mesa y el anillo ya se habían ido. La pareja seguía en la barra y conservaban aún la misma distancia. Entonces volví a mi historia y la terminé en mi cabeza mientras esperaba a Lorenzo.

Ve la cara de un hombre que se abre paso entre la multitud. Se agacha y la abraza. Le pregunta si está bien y ella asiente y le pregunta si la señora bajita está muerta. Se llama Nora, le dice, y todo parece indicar que sí. “Yo la vi entrar, yo la vi. Estaba viva hace un instante”, murmura y un segundo después se echa a llorar sobre su hombro.

Capítulo 5. Resurrección

¡Moriré para vivir!

Friedrich Klopstock

(1724-1803)

«¡Yo moriré para vivir!»

Gustav Mahler

(1860-1911)

Esperábamos en el lobby de techos altos. La gente con sus programas en la mano. El mío, hecho un rollo. Si quieren llámenlo ansiedad. Lo era. Estaba ahí. Enfrentándome sola a un concierto de música clásica cuya duración casi excedería la hora y media. Mierda. ¿Sí? ¿Iba a ser capaz de soportarlo? Era cierto que era él, ese hombre de mi infancia que tanto me inquietaba; bueno, que en realidad me fascinaba, pero no sabía si estaba preparada para eso. Para escuchar y estar atenta a lo que la gente normal escucha en un concierto como esos. Para no aburrirme, para no distraerme e imaginar historias. ¿Dormir? Era una posibilidad —no conozco uno que no se haya dormido alguna vez en un concierto de música clásica. Y bueno, si también fue hecha para eso—. No importa. ¡A la mierda todo! Sí. Lorenzo me había dicho que la música no tenía una manera de ser escuchada. Que simplemente había que escucharla con el corazón. Me había dicho también, que fuera sin expectativas y que si finalmente no podía conectarme, no era un pecado. Que no me diera pena decirlo, asumirlo. Así estaba yo.

Convenciéndome de que no era un bicho raro y que a lo mejor, en el fondo de mi ser, era sensible y podía conmoverme con facilidad a través de la música. Habíamos hecho una apuesta —otra más, como ya era habitual entre nosotros—. Si alguna lágrima se me escurría, debía regalarle un perro. Si no, él me llevaría al mar. Apuesta que nunca se cumplió.

Era imposible no tener expectativas ante todo esto. El Teatro Mayor Lorenzo Valsels abría sus puertas. Era la noche esperada. La noche en que todo tendría sentido. Por fin. Descrestaba ese lugar. Imponente obra de ingeniería. Bello y simple al mismo tiempo, por lo tanto, doblemente bello. No hay otro espacio igual en esta ciudad. Todo tenía cierto aire de irrealidad. Yo me sentía terriblemente especial, como con un derecho más que el resto de la gente que me rodeaba. No sé con derecho a qué, pero ni siquiera la madre de Lorenzo se podía sentir así, lo juro.

Entramos a la sala. Estábamos casi en primera fila, detrás de los funcionarios públicos y privados, por supuesto. Mi padre observaba todo, como siempre —sin decir nada— pero estaba emocionado. Lola, mi tía y mi mamá no paraban de hablar. El escenario era descomunal. Apagué mi celular —me aseguré de que mis padres hicieran lo mismo— y de mi bolso saqué una tarjeta que Lorenzo me había entregado la noche anterior con un libro de poemas de Rilke. En la tarjeta estaba escrito:

Sinfonía número dos, Resurrección.

Gustav Mahler.

Disfruta el concierto.

¡Moriré para vivir!, Lorenzo.

Cómo no sentirme especial. Lorenzo sabía de mi mala memoria, sabía que por más que quisiera no iba a recordar el nombre de la sinfonía... Se encargó de hacérmelo saber de la manera más dulce. Y ahora sé que para él era importante que lo recordara —y ya no se me olvidará nunca—. Porque nos anunciaba su muerte, se despedía esa noche. ¿Quién podría imaginarlo? Así son las cosas. La ilusión de lo que parece ser y no es. Yo pensaba que era la noche más feliz de su vida y quizá fue la más triste o no sé. Nunca lo sabré. Tampoco podré preguntarle qué pasaba por su cabeza mientras estaba ahí parado —a lo mejor sólo música, ¿cómo saberlo?—, conociendo ya de antemano el destino trágico que le esperaba horas después. Tampoco puedo llamarlo trágico porque a lo mejor no lo fue. Lo tenía todo tan bien pensado. ¿Cómo pudo enfrentar la muerte de manera tan ceremoniosa y al mismo tiempo tan alegre, sosegada, tan hábil y tan enigmáticamente despreocupada? ¿Estaba siendo irónico? ¿Una broma de mal gusto? ¿Quería reírse de nosotros en nuestras propias caras? No sé si eso me hace admirarlo u odiarlo, pero en todo caso me produce morbo, una necesidad de entenderlo todo. Lorenzo Valsels está muerto de verdad, como lo anunciaron las noticias. Y yo perpleja. Quiero hacer preguntas pero no tengo a quién. Sé que jamás encontraré una respuesta real, verdadera, convincente. Todo serán suposiciones. Ha sido tan nebuloso, tan torpe. No podré comprenderlo. Lo lamento, claro que lo lamento. No sé hasta qué punto. Experimento la nostalgia más grande de mi vida, de lo que pudo haber sido y no fue. No quiero culparme de nada. Sé que no es mi culpa. No quiero culparlo de todo. Lo conocí a destiempo. Nada más absurdo, nada más irreal y sublime a la vez. ¿Odiarlo por no darle tiempo al tiempo y no dejarle su vida a mi vida, por no haberme dado lo que yo quería? No se pudo. No alcanzaron las horas ni los días. Creer que hubiera preferido estar conmigo a morirse es demasiado antipático de mi parte. ¡Egoísta! Sin juzgar, ya dije. Mierda. La cabeza no aguanta sin explicaciones que le den sentido a las cosas. Vivir en

el desasosiego es la ley. La mía, la que ahora me acompaña. Ha sido todo tan rápido. Demasiada información atropellada.

El teatro entero se puso de pie y empezó a aplaudir. Los pelos se me pusieron de punta. Me levanté de la silla también, se me cayeron la tarjeta y el programa al piso. Me agaché para recogerlos y escuché una voz femenina que anunció la orquesta sinfónica. Los más de cincuenta músicos entraron y se acomodaron en sus puestos en medio de los aplausos. En la parte trasera apareció —no sé de dónde— un coro descomunal anunciado por la misma voz. A pesar de mi poco conocimiento sobre este tipo de eventos, estaba fascinada; era todo tan nuevo para mí. Sospechaba que la salida de Lorenzo estaba cerca. Y tenía razón. Cuando ya todos estuvieron en su lugar, la voz presentó a Lorenzo Valsels, fundador del Teatro Mayor para las Artes Lorenzo Valsels y ex director de la Orquesta Filarmónica de Berlín. Entró caminando tranquilamente por el lado izquierdo del escenario y levantó su mano derecha con la batuta para saludar. Cómo explicar la imagen... el poder; cómo decirles que de ahí en adelante mis ojos jamás pudieron despegarse de ese hombre vestido con un frac negro, impecable, al que después de dar la venia sólo vi de espaldas pero del que pude adivinar cada gesto gracias a los movimientos de su cabeza, su pelo, sus brazos... de sus manos llenas de intención, de fuerza, de música; la imponencia de Lorenzo la tengo grabada en lo más profundo de mi memoria. Sentí que el teatro se caía. Puedo confesar ahora—a ti también, Lorenzo— que los ojos se me aguaron de emoción. Los aplausos no cesaban, Lorenzo dio un par de venias con su sonrisa. Sí, Lorenzo y su sonrisa, Lorenzo y su sonrisa. Tan pronto como dio la vuelta nos acomodamos en las sillas y el silencio ocupó el lugar. Silencio. Había paz ahí adentro. Hubo un momento de felicidad. Y comenzó la sinfonía.

Primer Movimiento. Totenfeier. Ritos Fúnebres. Allegro maestoso.

Tomó impulso y extendió sus dos brazos de un golpe seco. Las manos vibraron. Los violines dieron un primer sonido. Fuerte, majestuoso. No sé si luego fueron las violas, los violonchelos y los contrabajos... en todo caso, me estremecí. No sé qué sonó primero, no sé qué sonó después. Reconocí cuerdas, vientos, percusión... La música es inexplicable; notas transformadas en sensaciones; matemática pura, delicada, sensible. ¡El placer! Mierda ¿Quién puede hacer algo así?

Empecé a recorrer de repente lugares insospechados a medida que escuchaba. Lorenzo con su batuta: intensidad, cadencia, ritmo. Comienzo vertiginoso, casi angustioso, como portador de malas noticias. Transformación sutil de la melodía. Volumen, nostalgia. Se hizo inminente y me hizo pensar en la muerte. Apareció de repente; la acechanza de la muerte que me atrapa. Como si no hubiera un regreso, otra posibilidad. Batalla campal de los sentidos, de las emociones. Letargo que llega. Como esa montaña rusa de la que alguna vez hablé... Así es la muerte. Así se escuchaba. Viajé a pensamientos más hondos. Mahler también.

“Me planteo una serie de cuestiones —¿por qué has vivido?, ¿por qué has sufrido?, ¿es todo esto una enorme y horrenda broma?— que solo se podrán resolver si es cierto que hay una vida después de la muerte.”

La muerte... ataca y acecha. Acechar, palabra predilecta. Palabra que describe: contrapunteo, persecución. Corro, y ella detrás. Y me alcanza. Y me dejo y me siento a un lado, a que me contemple, a que me acaricie. Y mi alma se llena de música... converso con ella. Hago preguntas. Me dice que tranquila. Que las preguntas sólo tienen respuesta si hay algo después... pregunto si lo hay. No hay

respuesta. Tendría que cruzar esa línea. Tendría que acabar con todo para conseguirla. Pequeño silencio.

La música cambió de color. Sonó el arpa de manera ingenua, pero me llevó a otro lugar. Los vientos indicaron con su melodía que todo iba a estar bien. Que no habrá angustia. Que observe lo que hay alrededor. Lo que tengo que ver, ahora... que el tiempo pasa mientras me quedo pensando en cosas inútiles. Es ahora. O es nunca. Las cuerdas detrás, suaves y tenues empezaron a reñir poco a poco y estallaron en sonidos que me sacudieron. ¿Hay esperanza acaso? ¿Hay algo después de todo esto? ¿Para qué estar vivo? ¿Quién más aparte de mí lo necesita? Intensos tambores y timbales. ¡Platillos! Me estremezco. El afán llega... la inminencia. Y me siento como en una película de vaqueros... voy al campo. Viajo en un caballo y recibo el aire que golpea mi cara. ¿Es esto la vida? ¿Es disfrutar el aire que a veces golpea tu cara con fuerza y otras veces te acaricia? ¿Es no pensar en nada más? Y me quedé ahí. Tratando de no pensar en nada más... pero me atacó la duda de improviso. El miedo. ¿Es esto miedo? ¿De qué?

Lorenzo enloqueció. Su pelo y su fuerza acompañados por la música se contraían de adelante para atrás. ¡El gong tembló! Silencio largo. Sus manos se estiraron de manera suave y acompasada. Atentos: bajó el tempo. Cuerdas y vientos se mezclaron y así mismo, poco a poco subieron volumen e intensidad. Heroico. Comenzó un desenlace frenético. Lorenzo no paraba de agitar sus brazos, sus manos, su cuerpo... Los violinistas querían salirse de sus sillas. En crescendo. Trompas, trompetas, trombones, tuba... Sonaba todo al tiempo. Agitaron el teatro entero y cerraron. Silencio corto.

Lorenzo tomó impulso. Movi6 la batuta de nuevo. ¿C6mo lo hace? Sab6rselo de memoria. Las arpas, las flautas... la paz; bienestar, tranquilidad... Eso es lo que deber6a ser la vida... ¿S6? Esforzarse y vivir tan intensamente, ¿para qu6, entonces? Las trompas se mezclaron para enturbiar los pensamientos. Y se sumaron los violines, las violas... Y el breve solo de la trompeta que desencaden6 en un... ¿c6mo se dice? ¡Mierda hablar de m6sica sin saber es muy dif6cil!

Las manos de Lorenzo se apagaron casi al mismo tiempo que los pocos sonidos que a6n sobreviv6an en el aire. El teatro qued6 reducido al silencio, al hechizo de esa primera parte. No parpade6. Mir6 el reloj. Hab6an pasado ya los primeros 25 minutos. ¿Estaba encontr6ndole sentido a la m6sica? No sab6amos si aplaudir o quedarnos disfrutando de ese silencio que era casi como una meditaci6n, un estado let6rgico de reflexi6n... ¿qu6 era todo eso que hab6amos escuchado? ¿No era incre6ble que hasta los m6s m6nimos sonidos se necesitaran? Entonces el p6blico empez6 a murmurar de manera t6mida y sin poder aguantar un segundo m6s, aplaudi6. No s6 si es lo que Mahler hubiera querido. Despu6s supe que aconsejaba un silencio de por lo menos diez minutos para procesar lo que acababa de suceder. Durante los aplausos, la soprano y la contralto hicieron su entrada y se acomodaron en dos sillas a lado y lado de Lorenzo. —No eran lindas, si es eso lo que quieren saber. Y s6, eso me alegraba un poco—.

Segundo Movimiento. *Andante Moderato*

Comenz6 de nuevo. Era melodioso, m6s tranquilo. Calma. Placidez. El sonido dulce de las flautas, de los violines tenues que llevaban la cadencia y la melod6a. Observaba a Lorenzo, todo flu6a, incluso 6l. Me retir6 a un lugar en mi infancia. A la luz del sol que entraba en la tarde en casa de mi t6a Beatriz —y ahora que Lorenzo no est6 y escucho este movimiento, me vuelve la sonrisa a la cara.

Porque a esos momentos de felicidad que vivimos juntos es que me transporto—. *“Tal vez le haya ocurrido a usted en alguna ocasión haber llevado a la tumba a un amigo querido, y luego, de camino a su casa, recordar la imagen de una hora de felicidad ocurrida mucho tiempo atrás y que en ese preciso momento entra en su vida como un rayo de sol que casi le hace olvidar lo que acaba de suceder.”*

Así, en palabras de Mahler, me remonto a nuestros días juntos que hicieron ese rayo de sol en mi vida —y aunque todavía tenga rabia y tantas preguntas por responder, si pudiera hablarte, Lorenzo, te diría que me dejaste la música y para qué más... me dejaste la lección aprendida. Tú sabías quién eras, qué era tu música y para qué servía. Sabías por qué lo hacías, que a través de ella transformarías. Y te envidio. Porque yo quiero eso. Yo quiero saber quién soy y para qué hago todo esto. Y si la razón más profunda para que le temamos a la muerte sea que en el fondo no sepamos quiénes somos, entonces no quiero temerle más y como tú, encontrarme y ser capaz de enfrentarla—. Suposiciones que hago. Pero esa noche, en el teatro, sentía que en el fondo Lorenzo ya no pertenecía a nada de esto. Sólo a la música, a ese rayo de sol... y que las preguntas frecuentes alrededor de la vida habían desaparecido. Sonó el arpa de manera dulce y cerró el segundo movimiento. Silencio.

Tercer Movimiento. In ruhig fliessender Bewegung. Con un movimiento fluido.

Lorenzo respiró profundo. Tomó impulso y con la batuta dio un golpe seco al aire que se tradujo en un sonido grave del timbal. Comenzaba el tercer movimiento y poco a poco los demás instrumentos me llevaron por un camino que parecía conocido... tranquilo, seguro, con los clarinetes y los fagots acompañando... Pero

un golpe del timbal y luego ese sonido sostenido e incómodo de la flauta —un sonido agudo, que trastornaba— me sacaron de ese lugar de confort. Me sacudieron, me despertaron. No pensé más en Lorenzo. Miré a mis padres. Mi madre había saltado con el sonido del timbal; el anterior movimiento la había consumido en un sueño cuasi profundo —no la culpo—, mientras que mi padre sí escuchaba atento, con esa cara adusta y a la vez amable, tan suya. Sintió mi mirada y se dio la vuelta. Me sonrió en un gesto de aprobación. Yo hice lo mismo. Pero esa sonrisa me salió forzada... no por él, por mí. No porque no pudiera sonreírle a mi padre, sino porque no sabía por qué sonreía. La música me inquietaba. Había algo en los sonidos agudos que me intranquilizaba. Quería que pasara pronto al siguiente movimiento porque me despertó cierta inseguridad. Sentía el tiempo acechando. Volvían las preguntas trascendentales, esas de las que intento deshacerme la mayoría del tiempo. *“Luego, cuando usted despierta de ese sueño nostálgico y regresa de nuevo a la confusión del mundo real con un ajetreado alboroto en permanente movimiento, en forma de misteriosas figuras danzando en un iluminado salón de baile que se contempla desde lejos en medio de una noche oscura, es entonces cuando la vida pierde sentido y se convierte en una horrenda aparición ante la cual quizás usted reaccione dando un grito de disgusto.”*

Y sí. Podría haber gritado. No sé si era el ritmo acelerado lo que me disgustaba o el hecho de que me hubieran robado la sensación de bienestar que tenía minutos antes... ¿Era necesario recordarme el fracaso? Eso era. Me recordaba el fracaso, la impotencia, las ganas de tirar todo a la mierda, —supongo que algo de eso había en ti, Lorenzo, que algo de esa inconformidad también tendrías. ¿Era algo así el motivo real de tu desconcierto con la vida? ¿Por qué habrías de sentirlo?

Tenías todo. Lo que tantos anhelan, luchan. Lo tenías tú, y sin embargo no te bastó. Te mataste, Lorenzo y no supe por qué. No sé cómo llegar a ese lugar porque con todo y lo que a veces me quejo de la vida tal vez no sea lo suficientemente valiente —o cobarde— para cruzar la línea y averiguar qué hay, si es que lo hay. Pienso en Thomas Bernhard y en su desprecio confeso por seguir viviendo... *Yo no valgo nada y me agarro a la vida, aunque sea tan horrible y mediocre, tan repulsiva y vil, tan mezquina y abyecta. En lugar de matarme, acepto toda clase de compromisos repugnantes, hago causa común con todos y cada uno, y me refugio en la falta de carácter como en una piel nauseabunda pero cálida, ¡en una supervivencia lastimosa!* Yo me puedo despertar dando un grito de disgusto, pero de inmediato me doy la vuelta para seguir durmiendo e ignorar lo que ha pasado. Mediocre—. Mi mirada volvió sobre Lorenzo que con su mano izquierda hacía la seña que indicaba el final del tercer movimiento. Yo se lo agradecí en silencio y me acomodé en la silla.

Cuarto movimiento. *Urlicht. Luz Primigenia.*

La contralto se puso de pie. Era su momento. Y ahí comencé yo a burlarme, con ese pensamiento rufián que me acompaña siempre. No podía dejar de mirar a esta mujer ya entrada en años, embutida —con todo y sus enormes tetas— en un vestido negro con toques dorados y un peinado de concurso de belleza, que empezó a cantar con tremenda voz, sí, pero con tremenda cara de angustia también. Parecía que se iba a reventar. Ojos desorbitados, como si le faltara el juicio. ¿Por qué no hacerlo sin arrugar el entrecejo? Ya sé que es difícil, claro, pero a mí me incomoda. Y yo no sé qué me pasó, qué mal pensamiento se me cruzó por la cabeza pero se me desató un imparable ataque de risa. Fue, lo juro, de los peores que he tenido en mi vida —y probablemente el último en los meses

siguientes—. Mi familia entera volteó a mirarme mientras yo intentaba controlarlo. Fue imposible. Tuve que salir de la sala. Tuve que atravesar el teatro porque así como pensé que la cantante se iba a reventar, yo también estuve a punto.

Afuera, en el lobby, pude terminar de reírme y respirar. Me senté en una banca. Un mesero de guantes blancos y cortos se acercó con un vaso de agua en una bandeja. Algo de lo que ocurría adentro se alcanzaba a escuchar —juraría que la voz de esta mujer era la que hacía temblar el agua en el vaso—. Me preguntó si estaba bien y yo le dije que sí. Se lo agradecí. Hubo un silencio. Le dije que mi cabeza a veces me jugaba una mala pasada. Le pregunté si le gustaba la música clásica y me dijo que no. Que en realidad no la conocía mucho. Le dije que yo tampoco, pero que lo de hoy había sido una experiencia diferente... eso sí, hasta que la cara de angustia de la contralto me había sacado corriendo de la sala. Nos reímos juntos, pidió permiso y se marchó. Lo vi irse meneando el trasero.

Nora se quedó mirándole el culo a ese joven apuesto que hacía unos segundos le había traído su tercera copa de champaña. En el lugar sonaba algo de Nina Simone.

—¿Desea algo más, señora? —preguntó el joven con la intención de que removiera la mirada de su culo.

Nora dejó de mirárselo para responder con un débil, “no, gracias”, embrutecida por completo por el apetito que este muchacho había despertado en ella.

—¿Espera a alguien más? —preguntó el joven.

—¿Cómo te llamas? —se adelantó Nora.

—Joaquín.

—Tienes nombre de hombre.

—¿De hombre? —dijo atraído por el comentario.

—Así es, de hombre. No todos los nombres de hombres llevan esa hombría de manera tan explícita. Joaquín es uno de ellos —y sonrió de la manera más coqueta que pudo y tomó un sorbo de champaña —. También puedo decir que no todos los hombres asumen lo de la hombría con suficiente valentía...

Volvió a fijar la mirada en el cuerpo del muchacho.

—Esperaba a alguien, sí, pero creo que le voy a cancelar porque después de tres copas de champaña me puedo empezar a portar muy mal...

Joaquín sonrió de manera cortés. No era la primera vez que alguien le coqueteaba de manera abierta; ya estaba acostumbrado a esas mujeres bonitas que por el simple hecho de serlo creen que lo pueden todo y que por tanto nadie será capaz de decirles que no. Pero en Nora había algo que lo atraía. A lo mejor el hecho de encontrar en alguien tan pequeño tanta perfección. Porque Nora era una mujer bajita, sí, pero hermosísima y sobre todo, con un carácter que la hacía ver enorme. Esas palabras de Nora habían logrado sonrojarlo cuando ya desde hacía mucho que ninguna mujer lo hacía. Palabras a las que poco les creemos y que en el fondo son tan poderosas cuando sabemos usarlas.

Antes de marcharse, Joaquín le regaló a Nora una sonrisa que se le borró en el instante preciso en que descubrió el anillo de matrimonio que la mujer llevaba en el anular izquierdo. Dio la vuelta y se fue caminando hacia la puerta de la cocina.

Nora volvió a mirarle el culo y se echó otro sorbo de champaña mientras maquinaba cosas sucias en su cabeza.

Pensé en cómo haría para que estos dos personajes algún día se juntaran y mi novela —si así se le podía llamar— tuviera sentido. Pero era claro que no lo iba a encontrar ahí. Entonces volví a la sala y recuperé mi puesto. Sentí las miradas como dagas en mi espalda y mi garganta. No me preocupaba en lo más mínimo. Sé que Lorenzo se hubiera burlado conmigo, claro que sí. Era el que más las criticaba. Una vez hasta jugamos —y apostamos, claro— a que él me dirigía si yo imitaba una cantante lírica. La idea era cantar lo peor posible hasta que él no lo soportara más. Y creo que gané.

La contralto cerró el cuarto movimiento y la sala se quedó en silencio puro.

Quinto movimiento. Im Tempo des Scherzo. Resurrección.

Arrancó el quinto movimiento y temblé. Los platillos y las trompas en ese comienzo me recordaron que estaba ahí adentro para dejarme llevar. Era sin duda el anuncio de algo grande. Era la fiesta final —el movimiento más largo— pero no me previne. Había ido, como me lo había pedido Lorenzo, sin expectativas. Lo decía también porque esa era su manera de transitar por la vida. Insistía en que no se podía pensar en el futuro —porque no existe— ni en el pasado —porque ya pasó—, sino en el ahora, sin ansiedad alguna que genere angustia. No pesar en el tiempo.

Veía a Lorenzo viajando con la música, con sus propias emociones. Y yo, ahí, tratando de ser lo más honesta posible. No sé, pero me gusta cuando las cosas van subiendo en intensidad, y esta primera parte la sentía demasiado dulce para

mi gusto. Era como si todo estuviera bien, como si la vida transcurriera sin problemas... A lo mejor es mi necesidad de drama —me encanta—, pero sólo hasta que los vientos, los timbales y los platillos se hicieron más intensos, no supe hacia dónde iba todo esto. Violines, trompas, gong, platillos, timbales, bombos... Todo en ascenso, en un intenso diálogo disonante y al mismo tiempo acompasado, delicioso y formal. Violines que se preguntan por qué, para qué; clarinetes y fagots que responden con esperanza en sus sonidos... sonidos que me hacían estremecer y sonreír al mismo tiempo. Diálogo constante. Cada vez más arriba, siendo grandes, como la vida y la muerte. La muerte, sí. De nuevo rondando en la cabeza. Llega imperiosa, altanera, sin permiso. Te ataca, te lleva. Y la sientes ajena y le temes. ¿Pero quién es acaso la muerte sino tu propia vida? ¿Esa vida que no tiene sentido sin la muerte y esa muerte que no tiene sentido sin la vida? La vida es un paso hacia la muerte y ser inmortal es vivir bien y hacer el bien.

Pero podremos saberlo todo y entenderlo todo, pero jamás podremos convivir con el absurdo de la muerte —porque por más de que haya pasado tiempo, Lorenzo, aún no me acostumbro a la ausencia de tu presencia, de tu olor, de tu risa. Y quiero pensar que esa noche resucitaste y que estás mejor que yo. Que llegaste a donde querías llegar, que tu música fue el vehículo para tu trascendencia, no sé a dónde, y que la resurrección que me hiciste escuchar, tan bella, tan llena de fuerza, es la tuya y puede ser la mía—. Silencio.

El trombón se hizo denso y regaló una pausa, un volver a tomar aire, seguido de los clarinetes y más tarde los violines construyeron una fuerza esperpéntica sobre el destino, sobre ese momento en el que acudes al llamado; trompetas con toques

apocalípticos de un final que se reclama a sí mismo con urgencia y que se suma a la guerra con los violonchelos y violines que apaciguan y prometen la redención. *“Fue entonces cuando murió Büllow, y durante su funeral, mi estado de ánimo se encontraba en sintonía con el espíritu de la obra que llevaba dentro de mí. Entonces, el coro de la iglesia entonó el coral “levántate nuevamente” y de repente sentí como si el golpe de un rayo transformara todo en claro y distinto ante mi alma.”*

Y tras un breve silencio comenzó ese coro descomunal pero al mismo tiempo tan sutil y lleno de delicadeza, *¡resucitarás, sí resucitarás, polvo mío, tras breve descanso!*, la soprano—no voy a hablar de ella para no parecer atrevida; sólo diré que llevaba una bata de pijama roja satinada que la hacía ver como recién levantada— se unió para cantar *¡vida inmortalte dará quien te llamó! Pasaje orquestal de trompas que suscitó la palabra “redención”. ¿Redención? ¡Para volver a florecer has sido sembrado! El dueño de la cosecha voy recoge las gavillas, ¡a nosotros, que morimos!*

La unión de la contralto comenzó a tejer el final para cantarle al miedo, para expulsarlo y disponerse a vivir, ya que la muerte ha sido vencida, *Oh, créelo, corazón mío, créelo: ¡Nada se pierde de ti! ¡Tuyo es, sí, tuyo, lo que anhelabas! ¡Lo que ha perecido resucitará!* Esas preguntas que al comienzo martillaban la cabeza parecen responderse al final, casi como una epifanía. Así ha de ser el cielo —pensaba yo—, el conocimiento total de las cosas, de ese por qué y para qué, *Oh, créelo: ¡no has nacido en vano! ¡No has sufrido en vano!*, donde todo cobra sentido, donde te sorprendes al saber que morir ha valido la pena para entender la vida. *¡Lo nacido debe perecer! ¡Lo que ha perecido, resucitará!* Un nuevo comienzo, *¡Deja de temblar! ¡Prepárate para vivir!*

El coro crecía en un diálogo entre voces que se enriquecían a medida que avanzaba, triunfante sobre la muerte, cantando a la vida *¡Oh, dolor! ¡Tú, que todo lo colmas! ¡He escapado de ti! ¡Oh, muerte! ¡Tú que todo lo doblegas! ¡Ahora has sido doblegada!*, como si nos dijera que la única manera de ganarle a la muerte es muriendo, como si todas las esperanzas estuvieran puestas en eso que pasa después, en eso que no conocemos y que no sabemos si existe...

¿Y si no existe? ¿Entonces no hay salida? Con alas que he conquistado, en ardiente afán de amor, ¡levantaré el vuelo hacia la luz que no ha alcanzado ningún ojo! ¡Moriré para vivir!

Y mi piel y cada una de las partes de mi cuerpo vibraban con ese coro estremecedor, fuerte e imponente, que me hacía preguntar entonces si Dios existe. *¡Trompetas y trombones! ¡Resucitarás, sí, resucitarás, corazón mío, en un instante! Lo que ha latido, ¡habrá de llevarte a Dios!*

Mahler decía que lo que había experimentado ese día en el funeral, debía crearlo transformándolo en sonidos. Mahler quería redención y experimentar la muerte como una manera de vivir. Yo no soy creyente y tampoco atea —no tengo mucha personalidad al respecto—, pero lo que escuché esa noche, el coro apocalíptico, la entrega de Lorenzo al dirigir esa fiesta de sonidos que jamás había visto en persona, donde se mezclaban la emoción de estar vivo y al mismo tiempo la necesidad de estar muerto para valorar la vida y volver a nacer, no sólo me hicieron llorar como un bebé que acaba de llegar al mundo, sino también llorar esa despedida que sin saberlo estaba haciendo Lorenzo. La apuesta en cualquier caso la hubiera perdido. No hay quien hubiera podido resistirse a la fuerza de la música —y es así como siempre ha sucedido conmigo: sólo si experimento,

compongo. Sólo si compongo, experimento—. Si la resurrección es como la música, bienvenida sea.

Esa fue la última noche que vi a Lorenzo. La última. El instante en que Lorenzo se dio la vuelta para recibir los aplausos generosos de quienes estábamos ahí, con el llanto en los ojos y un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo, no se han ido de mi cabeza —y el día en que se vaya, habrás de saber, Lorenzo, es porque te has ido para siempre—. Se enfrentó a ese teatro repleto de gente buena y mala, culta e inculta —como yo— con la espalda erguida, la generosidad de su sonrisa... como si nada fuera a pasar. Estaba en ese momento, en su ahora. No había futuro, no había pasado. ¿Hay vida después de la muerte? Mahler ya lo sabe, y Lorenzo, también.

Capítulo 6. Llanto

*¿O es el suicidio, más bien, el rugido atávico del desorden
que viene a romper un exceso de racionalidad social?*

Solano Calles Paz, Antología del Suicidio.

*“El drama de los suicidas es que solo se les toma
en serio en estado de cadáveres.”*

Claude Guillén e Yves Le Bonniec, Suicidio, Manual de Uso.

Habían pasado tres días desde el entierro de Lorenzo. Esa noche, recibí la llamada de Ariadna Olvera, la mujer rubia que había visto en la banca de la iglesia, la misma de las fotos con Lorenzo. No me lo esperaba. Fue amable y me dijo que necesitaba hablar conmigo. No sé muy bien para qué. No la conocía. Nos pusimos una cita en Café Momo, un lugar lleno de libros que yo solía frecuentar y que me gustaba porque me hacía sentir de alguna manera segura.

Consulté con Lola quién era la chica. Supe de inmediato que no estaba entre sus preferidas. Sólo me dijo que no sabía qué había venido a hacer aquí. Que en lo posible no le diera tanta importancia. Yo seguía en las mismas. No me atrevía a preguntar la relación exacta que había entre ellos. Y de nuevo, las preguntas asaltaban mi cabeza.

Llegué al café a las cuatro y media de la tarde. Llevé conmigo el libro de Rilke que Lorenzo me había regalado. Me senté en la mesa que daba contra la ventana y pedí un latte con doble espresso. Me metí en la lectura, en la necesidad de descifrar si había algo

en este libro que me diera una pista sobre la decisión de Lorenzo. No alcancé a leer una página entera cuando Ariadna llegó. Me saludó, se sentó en la mesa y pidió un espresso. Ya dije que era amable, pero había algo de ella que me incomodaba. Tenía un carácter fuerte, casi tosco.

—Imagino que has de estarte preguntando por qué y para qué necesito hablar contigo —dijo con acento español—. Contigo, si ni siquiera te conozco, tía.

—Me lo pregunto, claro.

—Mi nombre es Ariadna Olvera, española, médico psiquiatra, amiga de Lorenzo.

—¿Amiga o psiquiatra?

—Amiga.

—¿Amiga únicamente?

—Bueno, intentamos alguna vez ser más que amigos, pero no funcionó. Así que nos quedamos siendo amigos.

—Entiendo —quería pensar que no necesitaba nada de esa información, pero la verdad era que me moría de las ganas de saberlo todo.

Hubo un silencio largo. Las dos tomamos de nuestros pocillos. Yo sentía que esta mujer tenía algo importante para decirme, pero esa imposibilidad de comunicarnos lo hacía todo más difícil.

—Lorenzo y yo éramos amigos desde el colegio. Lo conocía muy bien —dijo.

—Ariadna, no quisiera ser grosera, ni más faltaba, pero la verdad necesito saber para qué específicamente quería hablar conmigo. No sé si quiera oír su historia con

Lorenzo, no sé si eso me hace una mejor o peor persona, pero en todo caso, preferiría que fuéramos al grano —le dije y me di cuenta de que las piernas me temblaban. No suelo hablar de esa forma, pero ya no sentía más ganas de estar ahí.

Ariadna me miró sorprendida.

—Le pido mil disculpas por hablarle de esa forma —le dije arrepentida—. Creo que estoy agotada con todo lo que ha pasado. Mi teléfono no para de sonar, todos quieren hablar conmigo, todos me buscan, como si yo tuviera las respuestas a todas sus preguntas... esas mismas preguntas que yo me hago.

—Cloé...

—¡Y no! —la interrumpí—no tengo respuestas a nada. Si usted ha venido hasta aquí para buscar respuestas, sepa que no las hay y que tampoco soy yo la persona indicada para eso. No sé por qué Lorenzo hizo lo que hizo, no sé. ¡No sé qué hago yo metida aquí! Quisiera retroceder el tiempo y no habérmelo encontrado nunca; hubiera preferido quedarme con nuestros recuerdos de infancia y no tener que padecer este martilleo diario en la cabeza que hasta me impide leer una sola página de un libro. Sepa, Ariadna, que Lorenzo me quitó la paz y no sé si pueda perdonarlo algún día por eso.

Y en cuanto dije eso, exploté en llanto. Llevaba tres días sin derramar una sola lágrima, pensando que ya no era necesario que lo hiciera, creyendo que ya era una etapa que había superado. Me dio vergüenza. Debió haber pensado en un posible desequilibrio emocional de mi parte.

—Lorenzo me pidió que viniera a hablar contigo.

Quedé fría. Interrumpí el llanto de súbito.

—¿Qué?

—Lorenzo me hizo prometerle que vendría a verte después de su muerte.

—No entiendo nada...

—¿Qué? —dije mientras la ira empezaba a recorrerme—. ¿Usted sabía?

—Lorenzo y yo nos contábamos todo...

—¡No! No puedo seguir hablando con usted. Discúlpeme. No me interesa, no puedo —le dije mientras me ponía de pie y guardaba el libro entre la cartera.

—Entiendo que no quieras hablar más conmigo. Entiendo tu molestia y todo lo demás...

—¡No! No me cabe en la cabeza...

—Por lo menos no te vayas sin esto. Lorenzo me pidió que te lo entregara —y sacó de su bolso una caja negra pequeña y la puso encima de la mesa — y quiero cumplir con su último deseo. Yo regreso a España en una semana. De todas maneras, si hay algo en lo que yo pueda ayudar, llámame —y me entregó su tarjeta sin moverse de la silla. Creo que estaba segura de que yo no me iría a ningún lado. A lo mejor sabía — no se me ocurre por qué— que con lo que menos puedo quedarme en la cabeza es con dudas, que siempre quiero saberlo todo, todo. No me gusta que me excluyan.

—¿Por qué lo hizo? —le pregunté vencida, retornando a mi silla, con lágrimas en los ojos.

—¿Es eso lo que no te deja en paz?

—Estoy impresionada... es algo que no se me sale del alma.

—Yo sé...

—¿Usted lo sabe todo, no?

—No. No sé nada. Pero no me preocupo por dar cuenta de las cosas porque simplemente suceden.

—¿Cómo puede decirme que ya lo sabía y no fue capaz de impedirlo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Era su amigo!

—¿Y?

—¿No le duele?

—Muchísimo. Puedo en este momento tener más tristeza que la que tú tienes dentro, te lo aseguro. Esa es una pregunta tonta.

—No entiendo su reacción. Le juro que no la entiendo.

—Cloé, no era mi decisión.

—¿Pero no habló con él? ¿No trató de decirle que había otras cosas, otras salidas?

—Hablábamos mucho, pero Lorenzo era testarudo. Un tipo inteligente, soberbio. No sé si las razones que tenía eran lo suficientemente buenas, pero eran suficientes para él.

—¡Lo tenía todo, maldita sea, todo!

—Todo no basta, Cloé. Además, ¿qué es todo?

—Mierda, era exitoso, bello, dulce, tenía sentido del humor. Era un genio, Ariadna, era eso que todos buscamos ser a lo largo de la vida.

—¿Y si cuando lo consigues todo, te sigues aburriendo?

Miré la caja. Se me hizo trizas el corazón de pensar que todo había sido planeado, preconcebido; que por razones diferentes al azar yo había tenido que enfrentarme a esto. Lorenzo me usó.

—¿Por qué yo?

—No sé.

—¿Qué era lo que quería? ¿Cagarse en mi vida? ¿Dañarme y probarme a ver si yo también soy capaz de terminar con todo? ¿Qué cumpla nuestra promesa de morirnos juntos? ¿Por qué yo? ¿Qué fue eso tan malo que le hice?

—Nada malo. Al contrario. Creo que confiaba en ti.

—¡Pero por Dios, si no nos veíamos hace 27 años! ¿Confiar? Eso es absurdo.

—Lorenzo tenía buenos recuerdos tuyos, Cloé. Algunas veces me contó sus historias. Sobre todo cuando bebía, que en España, ya sabes, es casi todos los días.

—Pero si no hacía parte de mi vida desde hacía mucho tiempo...

—Somos egoístas.

—¿Egoístas?

—No queremos que se maten porque pensamos más en nuestro dolor, pero el de ellos, aunque no se vea, puede llegar a ser crónico.

—¿Y entonces quién piensa en el mío? ¡Lorenzo no lo hizo, claramente! ¿Por eso tengo que tratar de entenderlo todo? ¿Sí? No puedo, Ariadna, no puedo.

—Toda esa rabia es normal, Cloé.

Hubo un silencio largo. Yo me sequé las lágrimas y pedí otro café. Ariadna también.

—¿Qué le pasó a Lorenzo? —le pregunté entre llanto, con la esperanza de que me diera una respuesta convincente y sobre todo, única. Quería pensar en cosas comunes como la pérdida de su padrastro, de esa figura paterna o en la debilidad de su madre y su inoperancia, pero en el fondo sabía que de Lorenzo podía esperar cualquier cosa.

—Con el primer susto que nos metió...

—¿Ya lo había intentado antes? —interrumpí asombrada.

—Sí, una vez. Pero dijo que solo lo había hecho con un fin estético, porque los “artistas” solían hacerlo. Todos le creyeron y... bueno ya ve.

—¿Usted le creyó?

—Dejó al azar su propia salvación.

—A veces pienso que no pudo con su vanidad, que es diferente —dije sin poder esconder mi indignación, mi rabia.

—Quien lo ha intentado una vez puede que lo intente dos o tres veces más —me respondió Ariadna —. Al principio le creí, pero con el tiempo estuve segura de que lo volvería a hacer en algún momento. Cloé, podrás pensar que Lorenzo estaba loco y perdido, pero te digo que para tomar una decisión como esta hay que tener agallas. Todo

lo ha planeado a la perfección. Es el perfecto equilibrio entre lo evidente y lo lírico: cuando lo anuncian, no queda más que preparar las flores para su entierro.

Y así concluyó esa frase tan dura. Pero yo nunca sentí que Lorenzo me lo anunciara, nunca lo sospeché... o no quise verlo, que es diferente.

Preguntó si se podía fumar y como éramos las únicas en el lugar, sólo nos pidieron que abriéramos la ventana. Encendimos un cigarrillo.

—¿Y por qué la muerte? ¿Es que es la única salida, acaso? —le pregunté con tono airado.

—¿Y es que acaso tú crees que siempre es mejor vivir que morir? —dijo y siguió un breve silencio—. Hay algunos individuos que tienen muy buenas razones para no querer seguir viviendo en este mundo, créeme.

¿Quién era esta mujer que ahora me hablaba de la vida y de la muerte como si fuera mi maestra de quinto de primaria? ¿Por qué le estaba haciendo tantas preguntas? Ya no me sentía cómoda en ese lugar, con ella, con esta información y con esa caja negra. Le pregunté qué quería que hiciera con todo eso y me dijo que no podía responder a esa pregunta; el que había pedido que me la entregara había sido Lorenzo.

Yo me fui para mi casa con la bendita caja. Saqué la primera carta y sólo alcancé a leer “Querida, Cloé” porque tuve que salir corriendo al baño a vomitar. Creo que era miedo. Lorenzo me hablaba después de muerto. Lorenzo me echaba encima la responsabilidad de contar su vida. Lorenzo me obligaba a revolcarme de frente con la muerte.

